

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 5 DE MAYO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

El baluarte

Sub ratione boni.
SPINOZA.

1

HACE poco tiempo, en estas propias columnas de *Revistas de Revistas*, publicamos un artículo rotulado *La Opinión de América*⁽¹⁾, haciendo ver a la Nación Mexicana que no vive sola en el mundo, y que sus revueltas inveteradas deprimen, en el Norte, la opinión que de nosotros se tiene, y, en el Sur, también suelen rebajarnos del justo y debido concepto que podría otorgárenos.

Hoy, situándonos en un punto de vista diverso, juzgaremos, a nuestra vez, de la actitud de América hacia nosotros mismos.

2

Durante nuestra misión diplomática por el Sur del Continente tuvimos la satisfacción, muy honda, de comprobar el auge de la cultura latina en Buenos Aires y Río de Janeiro. Aquellas magníficas ciudades reflejan cuánto puede dar de sí la estirpe nuestra aplicada con firmeza y constancia a la resolución de los problemas difíciles y múltiples que hallan en su desenvolvimiento las naciones jóvenes, animadas con el anhelo justísimo de colocarse, definitivamente, en la posición que les compete entre los pueblos cultos de la tierra. El Brasil y la Argentina son emporios de riquísimo desarrollo material y moral. Casi actúan, en la historia contemporánea, como grandes potencias. La importancia que al A. B. C. conceden las cancillerías europeas y la omnipotente de Washington, prueba este aserto y augura un porvenir radioso. Creemos, sinceramente, en él.

Lejos del poderío yanqui; lejos también de la codicia europea, absorbente y colonizadora, Chile, el Brasil y la Argentina despliegan su bandera de concordia sobre los hombres de buena

voluntad que, desde todos los puntos cardinales, llegan a colaborar con los hijos de aquellas comarcas propicias. Los Estados Unidos los defienden de Europa; Europa encuentra en ellos mercados opulentos para sus industrias y clientes de su cultura superior y su expansión espiritual. Por lo demás, aun cuando la doctrina de Monroe no existiese—como casi no existe, a fuerza de complicarse con el imperialismo de la raza, tan enérgico y cordial—el A. B. C. se hace valer por sí mismo, y tiene a raya el ímpetu de los poderosos. Aquel sistema de pueblos se basta a sí mismo, y no está lejano el día en que su voz se oiga, con imperio, en la Asamblea de las Naciones. Ya Ruy Barbosa descolló, una vez, entre los diplomáticos del mundo entero, por la seguridad de su criterio, la eficacia de su ciencia y la pureza de su intención.

3

México, no obstante, cree desempeñar una misión tan encumbrada y so-

bresaliente como cualquiera otro gran pueblo latino de América. En una nobilísima esquila, que mucho hubimos de agradecer, por proceder de quien procedía, el ilustre académico brasileño Medeiros y Albuquerque, estampó estas palabras: «*¡Cuánto admiro a vuestra heroica nación mexicana por su pasado glorioso; por la gratitud que le debemos al ser, en el extremo Norte, el baluarte de resistencia contra las avasalladoras pretensiones yanquis!*»... La cálida frase de Medeiros y Albuquerque compendia, sin duda, la fórmula de gratitud que a México deben los florecientes Estados del Sur. A pesar de nuestras revoluciones, o quizá por nuestras revoluciones mismas, somos el baluarte de una raza. Con nuestros sacrificios se prepara, en alguna forma, la grandeza de los demás; con nuestro dolor se matiza su prosperidad y su fortuna; porque, «en verdad sea dicho», como reza el Evangelio, mucho, muchísimo nos honra la vecindad de la primera potencia política del mundo; pero resulta, en ocasiones, comprometida y difícil. Junto al Brasil, la Argentina; junto a la Argentina, Chile; cerca de Chile, el Perú. Junto a México y sus minas de petróleo y de plata...

(Pasa a la página siguiente).

Juventud

MARAVILLA la unidad de pensamiento con que se mueve hoy la juventud en América. Lo decimos con ocasión del primer Congreso revolucionario de estudiantes que acaba de reunirse en La Habana, a raíz de dos hechos muy significativos: el homenaje a los rebeldes peruanos, hecho en la persona de Víctor Raúl Haya de la Torre, y la protesta contra Vicente Blasco Ibáñez, cuando este traficante de la mexicofobia pretendió dictar una conferencia en la Universidad de la capital cubana.

Unidas las juventudes por un idéntico ideal, han concretado sus programas en el de la revolución universitaria, que con un mismo significado

patrocinan los estudiantes libres de todo el Continente.

Como hace un siglo se pedían libertades, ahora se reclaman derechos del estudiante y del obrero frente a la sociedad. Es un nuevo capítulo de la Historia que encierra todas las seducciones de la gesta madre de estas Repúblicas.

El primer acuerdo del Congreso revolucionario de estudiantes cubanos—la declaración de derechos y deberes del estudiante—coincide en líneas generales con lo que han venido diciendo, pidiendo y proclamando sus compañeros de otras naciones.

«El estudiante tiene el derecho de elegir los directores de su vida educa-

(1) Véase en el REPERTORIO N.º 1 del tomo en curso.

cional, y de intervenir en la vida administrativa y docentes de las instituciones de enseñanza, ya que él es soberano en las instituciones que sólo existen para su provecho. El estudiante tiene el derecho de asistir libremente a sus clases, sin la coacción vergonzosa de la asistencia obligatoria a un profesor determinado. El estudiante tiene derecho a limitar la acción del Gobierno del Estado a la de simple contribuyente para el sostenimiento económico de los institutos. El estudiante tiene el derecho de exigir a los más sabios educadores y a la más profundas mentalidades el sacrificio de su valer en aras de la juventud intelectual».

«El estudiante tiene el deber de divulgar sus conocimientos entre la sociedad, principalmente entre el proletariado manual, por ser éste el elemento más afín del proletariado intelectual, debiendo así hermanarse los hombres de trabajo, para fomentar una sociedad libre de parásitos y tiranos, donde nadie viva sino en virtud del propio esfuerzo. El estudiante tiene el deber de respetar y atraer a los grandes maestros que hacen el sacrificio de su cultura en aras del bienestar y progreso de la humanidad, y de despreciar y de expulsar a los malos profesores que comercian con la ciencia. El estudiante tiene el deber de ser un investigador perenne de la verdad, sin permitir que el criterio del maestro ni el del libro sea superior a su razón. El estudiante tiene el deber de permanecer siempre puro, por la dignidad de su misión social, sacrificándolo todo en aras de la verdad moral e intelectual. El estudiante tiene el deber de trabajar intensamente por el progreso propio como base del engrandecimiento de la familia, de la región, de la nación, de nuestro continente y de la humanidad».

Hé aquí, a grandes rasgos, el credo que formulan en su primer acto oficial los estudiantes cubanos. Es una visión limpia de muchachos decididos y generosos. Como lo fueron quienes en el Perú suspendieron medidas dictatoriales de Leguía, aclamaron a Vasconcelos Maestro de la juventud y le retiraron ese mismo título al Gobernante odioso que profanó los claustros de San Marcos. Como lo fueron los estudiantes de Chile, que se opusieron a la movilización de las tropas. Como lo son los que en la Argentina hicieron la revolución de Córdoba y hoy emprenden la campaña más activa en contra de la política de los armamentos. Como lo fueron los mexicanos al recorrer en la Fiesta de la Raza las calles de su metrópoli como una plegaria múltiple en demanda de la libertad de Venezuela. Como lo fueron los colombianos que dieron el ejemplo, hoy

imitado en varias repúblicas, de aclamar a Vasconcelos como su Maestro de juventud.

Son facetas de un mismo cristal o anuncios de una revolución que le dará a nuestro continente su verdadero carácter. Formulado un derecho a base de justicia, no pueden esquivar las juventudes el deber de hacerlo respetar, ni pueden ellas ver sin impaciencia que prosperen sistemas en donde ese derecho se anula o se deforma. Llegará un momento en que la revolución universitaria sea un tan claro deber de la conciencia juvenil, que toda demora en afirmarlo pueda considerarse como una traición al espíritu de la República y al imperativo de la raza.

Meditamos al margen de la política de la revolución universitaria, porque es la política que puede compactar la cultura de todos y de cada uno de estos pueblos. Los estudiantes podrían hacer la declaración desnuda de su ideario y realizar de hecho la docencia libre, la asistencia libre, usando libremente del edificio de la Universidad. Como el estudiante tiene el derecho de leer en cualquier libro o de hacer todos los experimentos que crea necesarios para su cultura, tiene el derecho también de introducir al profesor que elija su determinación libre, para oír sus lecciones en la casa de la cultura nacional. Ese acto, sencillo, no podrían impedirlo los usufructuarios de la cátedra, porque ellos deben aceptar como una evidencia cuya discusión sería grotesca, el hecho de no ser ellos los únicos aptos en el ejercicio de darle circulación a la sabiduría. Sin ley previa, como acto inicial, los estudiantes deberían formar el cuadro de la defensa universitaria, haciendo república bajo las aulas antiguas.

GERMÁN ARCINIEGAS

(Cromos, Bogotá).

El baluarte...

(Viene de la página 97).

«Los Estados Unidos son potentes y grandes».

4

Nosotros, con los pueblos del septentrion, Cuba, Santo Domingo, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y El Salvador, somos el baluarte. Todos hemos sufrido. También ha empezado a sufrir Colombia. Panamá, una vez emancipada, comenzará a sufrir, como Puerto Rico, cuyos hijos fueron a combatir en los campos de batalla europeos por la enseña de los Estados Unidos y aún no disfrutaban de la plena ciudadanía

yanqui. Dice así, en un reciente manifiesto, el Partido Nacionalista Portorriqueño: «Por carecer de fuerzas físicas se nos puede dominar; pero nuestra civilización nos da el poder de la resistencia. Hace veinticinco años que estamos bajo la soberanía de los Estados Unidos: durante ese cuarto de siglo han podido sostener su dominio por la fuerza de las armas; pero hemos conservado nuestra personalidad por la fuerza de nuestra tradicional civilización».

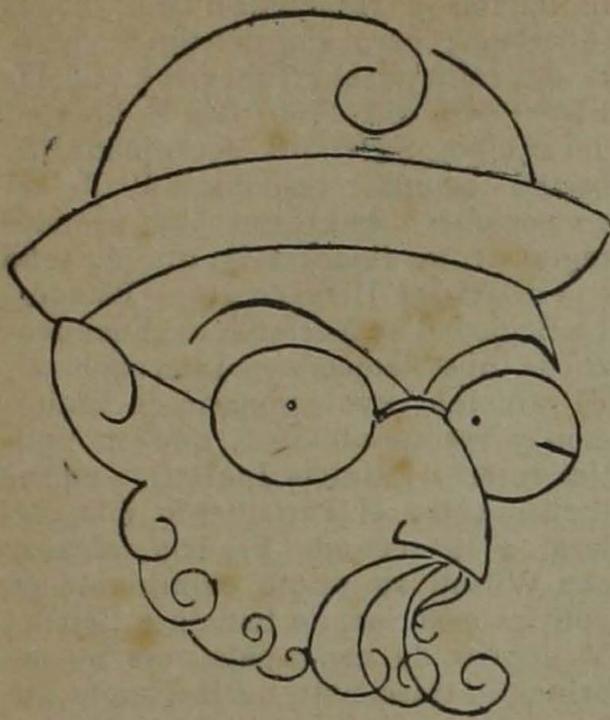
Deberían ver con menos impasibilidad los pueblos meridionales el problema de sus hermanos del Norte. En virtud de su propia esencia, todo imperialismo es avasallador; estriba en una «voluntad de poder», en un «ánimo de dominación»—como dicen los teólogos del diablo—fiero y consciente de sí mismo. Si un joven de treinta años, como el milagroso Alejandro, llevó a sus falanges, en los remotos días del imperialismo griego, desde Macedonia hasta la cuenca recóndita del Indo, ¿por qué habría de contenerse la ambición de una raza vigorosa, inteligente y pujante, en el canal de Panamá? Ciertamente que el pueblo griego tuvo a Alejandro para simbolizar su expansión victoriosa; pero los Estados Unidos han tenido a Roosevelt para decorar su ambición; y si el Nemrod yanqui no podría equipararse al semidiós helénico, los Estados Unidos son más fuertes que todas las Anfictionías y más ricos que toda la América latina derivada de España y Portugal.

En sus tribulaciones, nuestra patria ha estado sola. Una sombría indiferencia nos desamparó. Si al fin sucumbiésemos; si el baluarte, que dijo Medeiros y Albuquerque, fuese al fin debelado, ¿quién tomará nuestro puesto en la Historia? La verdadera política humana es la que se emprende, no para el día siguiente, desde el punto de vista transitorio de los gobiernos efímeros, sino la que se hace para siempre, desde el punto de vista de Dios: *sub ratione boni*, como diría Spinoza. A nosotros, humildes escritores, es la sola que nos agrada intentar.

ANTONIO CASO

(Revista de Revistas, México, D. F.)





JULIO NÚÑEZ

El estúpido ultraje a la civilización —que no otra cosa es el confinamiento de Miguel de Unamuno— el sumo Rector de la Universidad de Salamanca, a las Islas Canarias, por su irreverencia con la dictadura monárquica española, ha resonado en todos los países latinos. Es un asunto que a ellos les corresponde. Es un negocio que debe interesar a todo hombre civilizado.

H. G. WELLS

(Del *New York American*).

HENDAYA, marzo 1.—Ha sido muy comentada en Madrid la carta que don Horacio Echevarrieta dirigió a don Miguel de Unamuno, diciéndole lo siguiente:

«No tengo el gusto de conocerlo a usted personalmente, pero como liberal y paisano pongo mi fortuna a su disposición».

El Sr. Unamuno contestó la misiva del Sr. Echevarrieta en los siguientes términos:

«Le agradezco su oferta. Tenemos ambos la honra de ser bilbaínos netos y, por consiguiente, liberales. Fuí amigo de su padre.

«La víspera de la fecha en que me ordenaron mi destierro, dándome un plazo de 24 horas para salir de Madrid, presté declaración en el proceso que se me sigue por mi discurso de la Sociedad El Sitio, preguntándoseme si al hablar de alguien perseguido y calumniado por el rescate de los cautivos de Africa me refería a usted. Se me preguntaron también otras necesidades.

«Aquí me tienen confinado, sin dejarme salir del hotel. Si me mandan a Fuerteventura, estoy dispuesto a no continuar el viaje con mis recursos: que

. Pasa a la página 107.

Unamuno y la dictadura

A nadie ha sorprendido el confinamiento de D. Miguel de Unamuno. A todos ha parecido un acto normal si se lo relaciona con su origen. Es el acto de una dictadura. ¿Qué es en realidad una dictadura? Implica siempre la suspensión de los procedimientos impuestos por la vida civilizada y su reemplazo por los procedimientos de la barbarie. La eliminación de lo que sea un derecho igualitario y de lo que tienda a asegurar al individuo la integridad de sus fueros representa un regreso ineludible hacia la brutalidad de la tribu. El hombre ha venido desde la pelea en el hueco de la cueva y desde los asaltos en el abra del bosque hasta la sociedad organizada aboliendo poco a poco los hábitos de la fuerza y levantando poco a poco el privilegio de la razón. El directorio militar que preside y amasa con sus grotescas palabras el general Primo de Rivera es el paso atrás para restituir a una casta que humilla y extenúa a España el predominio de su cómico furor. Esa casta, que sigue peleando todavía con el moro, se encontró con un humilde e irreductible enemigo que ejercía en la cátedra y en el periódico la magistratura del pensamiento. No halagaba a ese enemigo ceñudo y bravío que el pobre cazador de palomas y el pobre triunfador de regatas, que es el rey, le tuteara, como a tantos intelectuales con voz de Capilla Sixtina, ni se sentía honrado con el posible beneplácito de sus caballerizos. Prefirió a esa triste gloria la ruda honra de trabajar por el renacimiento de la conciencia española. Y bien; el grave magisterio de la verdad que ejercía D. Miguel de Unamuno turbó a los cejijuntos mastines del generalote. Era su viviente acusación, su juez implacable, su derribador de mañana. En su presencia se sintió el directorio agresivo y miedoso a la vez. No es extraño. La dictadura sólo vive en el silencio, sólo respira en la atmósfera ahogada de la sumisión. Un hombre libre basta para destruirla. Su acción es suficiente para anularla. Lo han condenado y lo han confinado, y ahora se dan cuenta de que aun en la soledad de la isla trágica, el escritor que no ha querido vejar su dignidad con el mutismo, sigue venciendo a esos lúgubres héroes de la proeza bufa. Su acento, acallado por el manotón, se propaga en el acento de los escritores del mundo entero que han asumido la misión magnífica de representar a la España oprimida, a la España que resurgirá de las cenizas de ese vivac siniestro, y agitar su bandera de libertad más allá de sus propias fronteras. Y al hacerlo son útiles a los demás países porque les muestran en el fantasma del Directorio de Madrid el significado efectivo de las dictaduras. Sí; es una lección necesaria. Se está hablando en muchas partes y también se habla en nuestra Argentina de los beneficios de los *gobiernos fuertes*. Mussolini, a quien no se ha de inferir el vejamen de compararlo con el gene-

ral Primo de Rivera, y que en el orden literario es un histriónico e infortunado discípulo de Gabriel D'Annunzio, Mussolini alucina a los que ven en la libertad un peligro posible para el orden social.

Nos hablan del fracaso del parlamentarismo y del fracaso de la democracia. Creyendo defender el orden, se precipitan en la propaganda de la anarquía cuyo antifaz es el despotismo. Hay que recordarles que las ventajas del orden distan tanto de la dictadura de Lenin como de la dictadura de Primo de Rivera.

El orden es la armonía de las libertades individuales. El fracaso de la democracia puede ser un daño para los intereses de cierto género. Nunca envuelve un riesgo para la persona; la dignidad moral de la persona no sufre con el mal o buen funcionamiento de las instituciones. En cambio, la dictadura ha conspirado siempre contra ese decoro para cuya conquista se ha fundado la sociedad. La sociedad se ha hecho para el engrandecimiento del individuo y por eso los despotismos son invariablemente estertores de crisis, arrebatos de períodos agónicos. No lo entiende el general Primo de Rivera cuya incompreensión monstruosa define en su misma impenetrabilidad de piedra bruta, la esencia del régimen que encarna.

Ciudadanos de una democracia que se esfuerza en progresar, vemos en el Directorio de Madrid una saludable caricatura de las ideas despóticas y vemos en el sabio, en el pensador y en el escritor admirable que se ha levantado contra esa fosca trailla el ejemplo hermoso de la civilidad triunfante. Afirmamos con su heroísmo nuestra fe en las victorias de la libertad. Sabemos que D. Miguel de Unamuno está librando la última batalla, la grande y luminosa contra los follores y malandrines que quieren restaurar en la España del Siglo xx la sofocación del reinado de los Felipes. Vencerá por que jamás fué vencido el alto ministerio de la conciencia y sabemos, además, que esa lucha encierra una hora confusa del presente: las regresiones surgidas de la fatiga de la humanidad desangrada por la guerra se desvanecerán bien pronto con el equilibrio recobrado. Entonces no parecerán tan absurdos y tan irreales esos restauradores de los regímenes bárbaros como los que quisieran reemprender las Cruzadas del Ermitaño o encender las hogueras para quemar a los intérpretes de la Sagrada Escritura.

ALBERTO GERCHUNOFF

(Política, Buenos Aires)

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio € 2.50
Sinpatías y Diferencias (Cuatro series)
 Precio de cada serie € 2.50

COMENTARIOS DEL MOMENTO

El ex-Presidente Wilson y su obra

TRAS Lenin, se va Wilson. Otros dos nombres que se asocian históricamente para siempre. Hasta la parálisis final de ambos acentúa su paralelismo. ¿Se les quebró el eje de la vida bajo el peso abrumador de la obra que quisieron llevar a término? ¿O fué un oscuro presentimiento del breve resto de sus días lo que encendió en ellos la fiebre de la utopía? Misterio psicológico, o patológico, bien difícil de desentrañar. Esta ley parece constante: casi todos los grandes creadores de historia, o mueren temprano o es brevísimo el período más intenso de su obra. Así Alejandro, así Julio César y Napoleón (los dos epilépticos, por cierto), así Cristo, así el propio Cronwell (diez años cortos de pleno dominio), así ahora Lenin y Wilson. El héroe histórico es casi siempre un personaje trágico: o le destruyen las circunstancias que él mismo crea o las crea porque le acucia una íntima y frenética impaciencia de vivir, después de haber oído alguna vez la voz secreta de la muerte. Poco se puede esperar de los países y períodos dominados por hombres longevos, de los que prefieren vivir cien años sin pena ni gloria a morir a los cuarenta con grandeza.

Wilson fué, como Lenin, un carácter mesiánico. Ambos buscaban, por diferentes caminos, la salvación de la Humanidad: el uno en el comunismo, el otro en la Sociedad de Naciones. Se ha dicho que la República norteamericana arrojó sus ejércitos en la balanza de la guerra europea sólo para salvar los millones que antes había comprometido en empréstitos. Ese pudo ser el móvil de la Wall Street, el corazón de la Banca yanqui; pero no fué el de Wilson ni el de la mayor parte de su pueblo. Su intervención obedecía a un concepto religioso del Derecho, a un sentimiento místico del principio de responsabilidad aplicado a las relaciones internacionales. Si Alemania había violado la regla jurídica de la paz sin razón justificada, todo el mundo tenía el deber de evitar que ese crimen se elevase a un derecho por el hecho consumado de la victoria. Los Estados Unidos cumplieron con ese deber; dieron el ejemplo más desinteresado; se anticiparon a la constitución de la Sociedad de Naciones, obrando como si ya existiera. Después de eso, no era posible negarle a Wilson la articulación del espíritu de solidaridad internacional que le había guiado en un estatuto que quiso añadir al Tratado de Versalles, lo

único grande y duradero de ese lamentable documento.

La Sociedad de Naciones fué Wilson, sólo Wilson. Ya se sabe que la idea no le pertenecía. La idea había rondado durante siglos por las cabezas de los pensadores. Pero en política no importa la originalidad de las ideas, sino la virtualidad de su realización. Wilson sacrificó su pueblo a la idea de la Sociedad de Naciones. Sin la intervención, su proyecto hubiera caído en el más estéril vacío. La intervención americana fué la primera piedra de esa débil fábrica internacional, todavía a medio construir y continuamente azotada por los vientos de todos los egoísmos nacionalistas. Se aceptaron sus planos y se echaron sus bases porque ese fué el precio moral de la entrada de los ejércitos norteamericanos en Europa; pero, a hurtadillas, sonreían Lloyd George, Clemenceau y todos los otros capitanes civiles de la guerra. Era un sueño, y no muy agradable, el que proponía el profesor presidente, más profesor, claro estaba, a juicio de los expertos y escépticos repartidores del botín de la victoria, que estadista, que hombre de realidades. Pero él sólo quería su quimera y abandonaba a los demás las realidades. Concedido.

Luego, pasada la guerra y su embriaguez mítica, le abandonó también su propio pueblo. Le censuraron su quijotismo y repudiaron su propia obra. Triunfaba, en definitiva, la Wall Street, que veía sus préstamos en peligro de condonación o rebaja si suscribía la Sociedad de Naciones. Además, había que tener libres las manos en toda América. Vino, en fin, tras el abandono de los hombres, el rompimiento de su vida física, la incapacidad de seguir combatiendo por su obra. Como Lenin. No es ciertamente envidiable la tragedia de esos dos hombres, que sobreviven con la conciencia a su propia naturaleza, impotentes para sostener la idea y la naciente encarnación que, en apariencia por lo menos, se derrumba a sus ojos. Pero sólo en apariencia, porque las únicas victorias durables que quedarán de la guerra europea serán la probable democratización de Rusia y la Sociedad de Naciones. Y como puente, enlazándolas, y consolidándolas, la exaltación del laborismo británico al Poder.

Wilson pasará a la Historia como uno de los grandes revolucionarios del Derecho de gentes. Quiso extender a la órbita internacional el principio de

limitación y responsabilidad. Todos soberanos; pero sin detrimento para la soberanía ajena. Todos los pueblos libres; pero sin daño para la libertad del vecino. Soberanía coordinada, libertad común, responsabilidad sin excepciones: estas son las grandes reglas de la democracia, que él soñó con dilatar al Derecho entre Estados. La Sociedad de Naciones es el comienzo de una democracia internacional. El principio revolucionario de limitación y responsabilidad, que en política interna lo inicia Inglaterra en sus luchas entre el Parlamento y la realeza, y lo secunda Francia, alcanza con Wilson su punto culminante en política exterior, de Estado a Estado. Y dentro de cada país, ese mismo principio trasciende de la simple gobernación pública e invade el reino de la economía privada. Así surgen una nueva legislación y unas nuevas costumbres sociales que recusan la libertad absoluta del individuo y le imponen cada vez mayores limitaciones y responsabilidades para que su interés particular concuerde con el colectivo. Ese es también, en sustancia, el último principio jurídico del socialismo, aunque se divague sobre sus formas posibles y arrastre a realizaciones imposibles, como en Rusia. Pero tanto a Lenin como a Wilson, les movía este sentimiento profundo de que nada ni nadie, individuo o Estado, entidad privada o pública, en Derecho como en Economía, dentro o fuera de las propias fronteras, deben ser ilimitados e irresponsables.

Pasan las sombras en los hombres y queda el surco de sus obras. Los ideadores de utopía son los arquitectos del porvenir. La Historia es una utopía que se va realizando de continuo. Y sus personificaciones, execradas unas veces, reídas otras, como en el caso de Wilson, son los héroes históricos que reverencia la posteridad. Empecemos por ser posteridad nosotros mismos.

LUIS ARAQUISTAIN

(El Sol, Madrid).



El confinamiento de Unamuno

Lo que tenía que suceder ha sucedido: la dictadura de España, expresión del reaccionarismo más nefasto, ha confinado a la isla de Fuerteventura a don Miguel de Unamuno. Ha dado pretexto para ahogar la altísima voz del escritor eximio, el fragmento de carta aparecido en nuestro número de diciembre último¹⁾. Como es sabido, don Miguel de Unamuno escribió esa carta a un profesor de filología residente hasta hace poco entre nosotros. El fragmento publicado es apenas un *post scriptum*. El maestro se dolía en él de la grave situación política en que su país se halla, y emitía juicios sumamente severos sobre *El Sol*, importante diario madrileño que después de haber censurado el sistema de la vieja política española apoya al Directorio, y sobre algunos escritores cuyas ideas nos son familiares.

La carta de Unamuno no estaba destinada a la publicidad. Era una simple opinión expresada privadamente a una persona residente en el extranjero. Si delito hubo, no fué el ilustre pensador quien lo cometió. Pero él ha sido el condenado. El general que «gobierna» a España, molesto en su inmenso amor propio y en su enorme vanidad, no ha tenido la menor hesitación en disponer el confinamiento del maestro. Si la hubiera tenido, no sería quien es. El general que ha efectuado el «pronunciamiento» del 13 de setiembre, sin prestigio militar ni civil, sin relieve de personalidad, sin talento, sin virtudes cívicas notorias, personaje por el solo capricho de un régimen sin nervio ni juventud, no sabe ni siente la época en que vive. Es la voz del pasado, cavernosa y oscura como la conciencia que la inspira, ésta del general para quien toda libertad es libertinaje, y obscenidad toda protesta viril.

Los escritores y hombres libres del mundo han dicho ya, o aun dicen, su indignación ante el vergonzoso atentado. Es la conciencia humana liberada de muchas tiranías, la que se siente agraviada por la pena que se ha impuesto a Unamuno.

No queremos terminar estas palabras sin una mención para don Jacinto Benavente. El ilustre dramaturgo ha rendido homenaje al dictador y se ha declarado fiel servidor de la monarquía en los mismos momentos en que se alzaba el clamor del mundo por el atentado. No es de extrañarse demasiado. Benavente ha gustado siempre de la actitud de sometimiento. Es un

admirable juglar para quien la palabra es como una giba: da relieve a la profesión y divierte a los espectadores. Entre el Borbón que reina en España, y España que quiere abrir sus campos a la libertad, el señor Benavente se queda con el Borbón. La tradición que éste representa—tradición de vicio, de corrupción, de tiranía, de mentecatez—es la tradición que ama el señor Benavente.

Nosotros, que ha sido el medio por el cual el Directorio conoció al desnudo toda la íntima indignación del ilustre maestro de Salamanca, desea fervorosamente que Unamuno vuelva a su país después de que España haya hecho justicia con la dictadura y con el dictador.

Un grupo de escritores, periodistas y admiradores de Unamuno ha publicado el siguiente manifiesto:

El Directorio Militar de España ha destituido a D. Miguel de Unamuno de sus cargos universitarios y lo ha

confinado en una isla. La dictadura que allí domina ha substituído el Gobierno regular por un régimen de fuerza, expresa con ese acto su índole esencial: desprovista de ideales y de propósitos inmediatos que expliquen su carácter excepcional, ha resuelto ahogar su propia impopularidad con medidas de persecución contra las instituciones culturales y los hombres de pensamiento que no se resignan a vivir en la obediencia. Con el confinamiento del maestro eminente y del escritor valeroso se castiga la libertad de pensar. Este hecho, que es un atentado contra las más altas conquistas de la humanidad y un crimen contra el espíritu, no puede ser indiferente a los intelectuales de la República Argentina. Es por eso que nos hemos reunido para manifestar nuestra solidaridad profunda con el ilustre pensador, cuya actitud heroica redime la dignidad moral del pueblo español.

Ricardo Rojas, Roberto J. Payró, José Ingenieros, Arturo Capdevila, Avelino Gutiérrez, Juan Pablo Echagüe, Arturo Cancela, José León Paganó, Alfonsina Storni, Julio Noé y 80 prestigiadas firmas más.

(*Nosotros*, Buenos Aires).

Recibe mi oración

Al presbítero JOSÉ A. MONTENEGRO

Recibe mi oración, Señor. Si sube,
lo debo a ti que mi oración sustentas.
Y perdona después a tu creatura
cuando sucumba al mal con que la pruebas.

Por los clavos que hundieron en tus carnes
y aquí en la tierra te dejaron fijo,
en este instante en que a tu cruz se abraza
clava también mi voluntad, Dios mío.

Subió al Calvario, en alas de paloma,
de tu sangre purísima sedienta.
Busca la fuente del costado herido.
Dígnate ver cómo a tus pies se pega.

Y no la dejes ir, que tus dos manos,
aunque las veo con dolor clavadas,
así como sostienen a los mundos
bien pueden sujetarla por las alas.

Es paloma, Señor, porque tú ordenas
que en la oración cobre alas de paloma;
mas, si la dejas ir, tú bien lo sabes
que miembros de reptil son los que cobra.

Sujétala, Señor, y para siempre;
que quede fija, como tú estás fijo,
aunque no ignoro que si así la guardas
en otra cruz tendrá que ser, Dios mío.

R. ARÉVALO MARTÍNEZ

(*El Imparcial*, Guatemala).

1) Véase en el N.º 23 del tomo 7 del REPERTORIO

Rafael Barrett

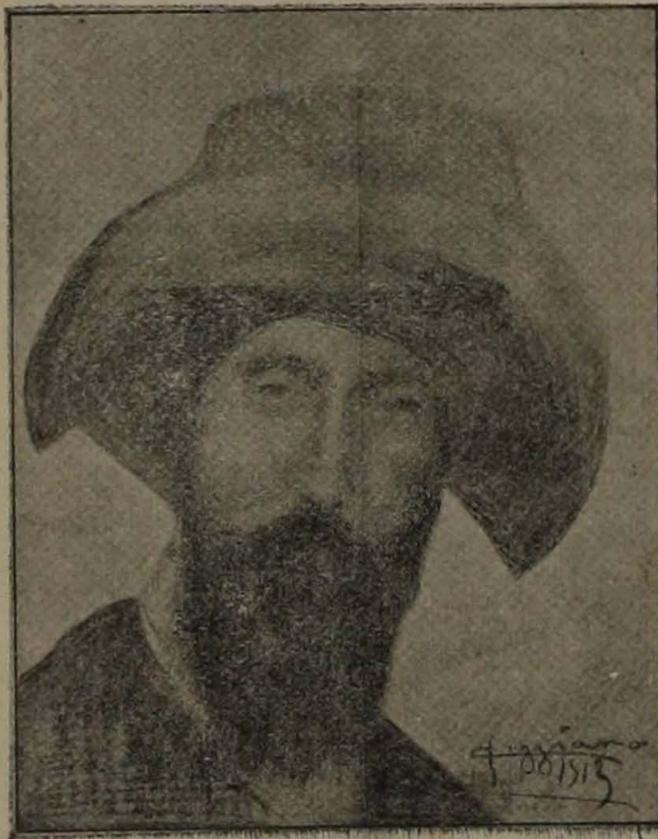
¿POR qué Rafael Barrett es casi un desconocido? Y sin casi, ¿por qué hay una desproporción enorme entre su difusión y su valor? ¿Cómo explicar que un talento como el suyo, que ha encontrado las expresiones más fieles, más estremecidas y recias, un corazón lúcido como el suyo, asomado a todas las angustias del hombre, siempre en vigilia, insomne, un corazón que ha sabido entregarse como ninguno, varonilmente, acabadamente, borbollante de fraternidad, permanezca alejado aún, a más de un decenio de su muerte, de los mismos que lo necesitan y lo esperan, sin saberlo?

Toda su obra ha sido obra de periodista: ¿esa es la razón suficiente? La jerarquía literaria y sus respetuosos tienen esas y otras cosas por el estilo. Pero no es éste el caso, creemos. Algo de eso hay, sí—la obra del periodista, momentánea, actuante como la hora que le da vida, muere y huye con ella, se rompe y dispersa con todos los momentos que la crearon: para perdurar, tiene que resucitar e integrarse nuevamente, robando al tiempo lo que no ha sido de él, sino del hombre—pero tratándose de Barrett nunca sería razón suficiente. La resonancia con que su alma acogió todo dolor y afán, toda tentación del misterio que margina y asedia la vida, rebalsa inconteniblemente el nicho del artículo, y su prosa única—prosa incomparable—breve y firme, realiza renovadamente, en cada línea, el prodigio de perennizarlo.

No, contra Barrett hay algo más. Hay un silencio expreso y miedoso. Nadie lo cita, nadie se atreve a codearse con él, porque sus méritos son esencialmente peligrosos. Todo su talento no le basta para hacerse perdonar. ¿Y qué mayor honra que ésa? Persisten sus enemigos porque persiste él, en sus páginas temiblemente eficaces, henchidas de riesgo y de ideas. Barrett no calló nunca, no escondió, ni escamoteó su gesto nunca, siempre se supo de qué lado estaba, y al revés de Peer Gint, hizo y dijo todo lo que tuvo que hacer y decir siempre. Su prosa sobria y aferrante, desentumece el cerebro, convence e impulsa. Es demasiado certero y militante Barrett, demasiado eficaz, para merecer una gloria apresurada e inofensiva.

¿Necesitamos decir que vivió en la miseria? Escribió en *La Razón* de Montevideo; luego aquí en *El Diario*, después y acosado por sus pulmones enfermos, se fué al Paraguay. Allí

tuvo una compañera y un hijo. Fundó un diario; ganó su pan como agrimensor, como maestro particular, etcétera... A su llegada, los paraguayos estaban «de revolución». Ambos bandos se batían en las calles y nadie se cuidaba de los heridos. Los de la Asistencia Pública habían desaparecido. Barrett consiguió un carruaje y fué de calle en calle ayudando a vivir o a morir a los que lo necesitaban. El gobierno de Jara le envió una nota de agradecimiento, donde se ponderaba su arrojo y abnegación. Tres meses



RAFAEL BARRETT

después era expulsado por ese mismo gobierno. No le hizo falta más tiempo a Barrett para darse a conocer.

Digamos ahora el nombre de los seis volúmenes en los que se ha juntado su obra: *Moralidades actuales*—*Lo que son los verbales* y *El Dolor Paraguayo*—*Mirando vivir*—*Cuentos breves*—*Al margen*—*Ideas y críticas*.

Sus *Moralidades actuales* y *Mirando vivir*, contienen sin duda sus mejores escritos. En ellos la vida irrumpe tumultuosamente y halla en Barrett, a lo largo de los días, la exasperación, la serenidad, la ironía y aún el sarcasmo necesarios. La agudeza de su talento alerta es prodigiosa. Aun las tres líneas secas de un telegrama se desdoblán entre sus manos y sueltan toda la truhanería, la miseria o el milagro de bondad y cordura que encerraban imprevisiblemente. Todo grito, todo fracaso y todo triunfo lo alcan-

zan a través de la tierra. No sabe lo que es la indiferencia.

Y su sensibilidad magnífica es terca; vence al hábito gastador y embotante; así, su emoción es siempre nueva, nace cada día. Una injusticia ocurrida en el fondo de la China, repercute en él, sin amortiguarse, sin dejar de ser lo que es: algo intolerable, algo monstruoso, incallable.

Hermosa conciencia de hombre, la de Barrett, incondicionalmente generosa. Sus nervios—como él lo dice—se prolongan por el telégrafo.

Digamos dos cosas más: Las conferencias de *Lo que son los verbales*, vino a darlas Barrett en el Teatro Nacional de aquí. Los grandes verbateros intervinieron, y le fueron negados ése y todos los teatros. Barrett tomó un tarro de embudo y pegó sus carteles. La policía intervino. Barrett dió por fin su conferencia en un baldío. La dió, levantándose de la cama, con fiebre alta.

Un día, en el Paraguay, su esperanza y su anhelo de vivir fueron más asediados, entonces se largó a Montevideo, dejó sus manuscritos en manos de Rodó y partió para Europa. En París, le dijeron que no tenía cura. Se fué con ese mazazo al golfo Cantábrico, alquiló una pieza en un hotel, y, solo, apuró sus últimos días. Era en diciembre de 1911.

H. ETCHEBEHERE.

Buenos Aires, febrero de 1924.

(Noticias Literarias, Buenos Aires).

Italia, en su *Risorgimento*, y Japón, al crear en 1871 el ministerio de Instrucción pública, y, sobre todo, desde comienzos de siglo, cuando entra en la corriente de la política internacional, dieron la pauta que más tarde han seguido las naciones ávidas de porvenir; la siguió Rumania al nacer como pueblo independiente y realizar un esfuerzo que puso a sus maestros en un plano superior al de Francia; la ha seguido ahora, no ya Tchecoeslovaquia, pueblo mentor de la Europa oriental, de quien podía esperarse lo mucho que hace, sino la pobre Irlanda, que dota a sus maestros como no lo hace la rica Inglaterra. Todos los países, pues, diríase que se esfuerzan por erigir la actividad cultural en centro y eje de la vida del Estado.

FERNANDO DE LOS RÍOS.

(El Sol, Madrid).

El viaje de Unamuno a las Canarias

El viaje intempestivo del gran don Miguel a las Islas Afortunadas— que hoy tienen la fortuna de que sea su huésped— ha hecho vibrar los nervios del inalámbrico y el comentario. En América, donde él es tan querido porque nos ha sabido querer, esa noticia ha levantado polvareda. Los intelectuales de la Argentina por ejemplo (¿qué harán aquí la Federación de Estudiantes, el P. E. N. Club, la Liga de Productores Mentales?) acaban de lanzar un manifiesto a favor del maestro valeroso, y se firman Ricardo Rojas, Ingenieros, Capdevila, Alfonsina Storni, Echagüe, Blomberg, Arrieta, Giusti, Palacios, todo lo que allá vale y pesa. No está solo en ese aislamiento a que se le quiere condenar, porque le rodean en apretada muchedumbre espiritual todos sus camaradas. Ni lo estaría quien ha sabido en cualquier parte construir su astrolabio y erigirle una torre para contemplar los signos de los tiempos. Y si le arrasaran la tierra y le destruyesen el astrolabio volvería a su peligroso deporte de hacer pajaritas de papel, en que lo sorprendió Soiza Reilly y ahora Gómez de la Serna. Desde este rincón de la América que habla español y sueña con Unamuno, va una de esas aves inocentes, segura de sus alas, sobre el mar alborotado, con un mensaje de simpatía para el gran muchacho viejo:

La evolución de la pajarita

EL maestro Unamuno sigue dobladi- lleando y animando un pedazo de papel blanco mientras medita y habla. Conduce con lógica sus ideas, mientras conversa esa geometría del espacio a la que se dedica.

Son bandadas enteras de pajaritas las que ha soltado Unamuno para que vuelen libres en los cielos intelectuales, salvando las cuartillas a su destino sobrecargado de tinta.

¡Humano hacedor de pajaritas! Ya algunas de sus pajaritas han crecido y son gaviotas de los mares.

Yo ya recogí otra vez la proporción de sus pajaritas y publiqué con facsímil también, cómo había llegado a una evolución de la pajarita, construyendo un águila real capaz de comerse todas las pajaritas que compitiesen con las suyas.

En Madrid estos días, el estimado escritor, le decía yo refiriéndome a su arte de plegar el papel!

—¿Cómo es que no llega a fabricar un hombre?

—Un hombre, no—me replicó Unamuno; pero el águila aquella ha evolucionado. Ahora hago un gran chimpancé...

Y requiriendo el papel, Unamuno se puso hacer el animal prometido, comenzando por esa geometría elemental en que la armazón del animal comienza por la estrella de mar primitiva.

Afilaba los pliegues del papel, y a veces se paraba a recortar, tocándose la frente, según es uso en él. Con el tiralíneas de sus uñas trazaba las dobles rectas y apuradas del nuevo ser de papel. Con sus gafas de grandes cristales parecía mirar como con cristales de aumento la gestación de su chimpancé.

Mientras hablaba, su conversación

era el trasunto de su «pajaritismo», era también muchas veces algo así como pajaritas, porque las paradojas enteras y verdaderas son verdaderas pájaras, algo tan artificial y caprichoso.

Unamuno infunde a esas pajaritas espíritu porque las tiene enfiladas entre los dedos bisqueando sobre ellas. Por fin da el soplo final y las regala.

La otra tarde construyó por fin este mono, ya el eslabón entre el animal y el hombre.

¿Habrá ya el hombre cuando vuelva de nuevo a Madrid? ¿O es que quizás desprecia al hombre y no quiere fabricar hombres de papel para no crear ingratitudes y traiciones?

¿Quizá se trata de un olímpico absentismo, y él no haga evolucionar la naturaleza de las pajaritas de papel, para que ese mundo sea un paraíso, siempre ingenuo e infantil?

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(Revista de Revistas, México, D. F.)

Medio día

Para MOISÉS VINCENZI

*La Bourse tend à un ciel
dont l'azurage est assuré par la journée.*

PAUL MORAND

40 HP. son más confortables que todo romanticismo.
Autos ligeros como dioses.
Llevan en sus vientres el desprecio de la muerte.
Acortan el tiempo,
Dios mío!, acortan el tiempo y alargan la vida.
Nuevas y fuertes mitologías...
La heráldica renace, elegante y pura:
todos circulan petróleo en las venas.
(Un Senador de Washington en el fondo de la limusín.
Los pozos de Tampico recortan el paisaje espiritual.
Sobre las rutas del mundo Mr. Ford canta eternamente).
No lo comprenderéis: es necio...
Mañana la bolsa de New York os lo dirá.
Mientras tanto devorad el viento,
volad a 120 la hora.
Los valores se cotizan al mismo tiempo aquí que en Londres.
Hay algo que trastorna a los hombres:
revisar valores.
Nietzsche es el precursor de tanto disparate.
Lo más inestable es lo que nace en la cabeza de muchos seres.
Porque el primer paso de la democracia fué la aritmética:
hasta las mujeres hablan de cambio.
Caminemos en la vía pública,
y gritemos como salvajes:
Seremos locos...
Es más confortable.
(Siento la vida moderna.
No es mi culpa. Ni yo mismo lo comprendo.
La vida es poco de dinero, dijo Apollinaire).
La antena más alta de cada pueblo inquieta más que un hombre.
Las líneas del cielo nos entraron por el espíritu.
Se perdió la ruta de Dios:
el ideal es demasiado cubista.
Hasta la fé es más difícil.
Culpad al cinematógrafo, al T. S. F., a los grandes trasatlánticos
Nos amarran demasiado al mundo.
Y la humorada no es mala.
Dios nos perdonará:
en el cielo, como en la tierra, las acciones suben y bajan.

LEÓN PACHECO

París, 1924.

Un bardo político y la ley de prensa

EL honorable señor Mussolini, después de haber declarado que es la Prensa del día el más poderoso de los elementos de Gobierno en la estructura política de Europa, se propone enfrenarla por los medios de que usaron a su tiempo Calomarde y sus imitadores de la América tropical.

Con este propósito ha dictado un decreto encaminado a dejar en manos de los prefectos la libertad del periodista y la existencia de los periódicos. El prefecto ha de escuchar el dictamen de una Comisión formada por gentes entre las cuales figura un periodista, pero no está en la obligación de ceñirse a ese dictamen. Conforme al decreto se castigan los irrespetos a la Corona y la religión del Estado; las frases o conceptos dichos en mengua de la patria o contra la dignidad del Pontífice. Incurrir también en penas graves quienes suscitan el odio o el desprecio de unas clases a otras, los que traten de vilipendiar con sus dichos a los altos empleados de la Monarquía y los que ofendan a países amigos.

Leyendo este decreto me ha picado una curiosidad. Sería interesante averiguar qué parte de la obra poética de Carducci, pongo por caso, habría dejado de llegar hasta nosotros, si la ley de Prensa de 1848, la misma que el presente decreto quiere reglamentar, hubiera sido entendida por los innumerables Ministerios que se sucedieron en Florencia y en Roma desde los albores de la «Terza Italia» en la forma en que la condensa este decreto del señor Mussolini. Voy a seguir, releyendo sus poesías, el mismo orden en que puse arriba la lista de infracciones en que han de concentrar su atención los prefectos en la Italia del día.

Los irrespetos a la Corona son menos frecuentes en las poesías de Carducci que sus ataques furibundos a las demás instituciones políticas. Sin embargo, buscando con cuidado, no es difícil dar con ellos. Son a veces velados; no tanto, empero, que una acuciosa autoridad censoria no los pudiese iluminar con los fulgores de su diligencia. Hay sonetos del *Ca ira*, aquellos que promovieron la indignación y la piedad aristocrática de Ruggero Bonghi, en los cuales palpita amenazante la furia niveladora de los oprimidos. En los *Giambi ed Epodi*, con entonación más alta que la de Auguste Barbier, da cada tajo sobre los poderes constituidos que hace temblar las viejas estructuras.

Oigámosle:

E il giorno venne; e ignoti, in un desio
di veritate, con oposta fé,
decapitaro, Emmanuel Kant, Iddio,
Massimiliano Robespierre, il re.

(Versaglia, *Giambi ed Epodi*),

El pacato filósofo de Koenisberg habría protestado vehementemente contra la imputación de deicidio. Escribió la *Crítica de la Razón Práctica* precisamente para suavizar conclusiones extremas a que habían llegado algunos lectores premurosos de la *Razón Pura*. Pero Carducci, en la época de los



GIOSUÈ CARDUCCI

Yambos, no estaba por las rectificaciones. No fué sino más tarde cuando cantó la *Iglesia de Polenta* porque en ella «tal vez se arrodillara el Dante» o ensalzó en la oda *A la Regina d'Italia* la poesía fecunda del «eterno femenino regale». Pero en el serventesio de Kant y Robespierre sólo recuerda el poeta el hecho descarnado de la decapitación llevada a cabo por Robespierre en la augusta persona de Luis XVI. Ahí no hay expresión de sentimiento ni en favor del verdugo ni de piedad para la víctima. La censura más suspicaz no habría podido empeñarse en disfrazar el suceso histórico. Sólo que a renglón seguido dice Carducci:

E Versaglia a le due carogne infiora
Para ed il soglio degli antichi di...
Oh, date pietre a soterrarli ancora
nere macerie de le Tuglieri.

y en presencia de estas palabras irreverentes para la religión del Estado y contra el concepto general de la Monarquía, un prefecto de la hora presente con el decreto sobre Prensa, del cual se dice que reside por ahora, después de firmado por el rey, en las gavetas de la presidencia, un prefecto, digamos, celoso de sus deberes, mutilaría una de las obras más sinceramente poéticas del gran cantor del «Risorgimento».

Mas estas estrofas, aunque irreverentes con la Monarquía en general, no iban contra el rey de Italia, no había en ellas como dicen los diputados en Montecitorio «fatto personale». Ocurre, sin embargo, que en el *Intermezzo*, colección de poesías en que la nota civil es el nervio y el alma de los conceptos, hay una en que se burla del periódico *Fanfulla*, porque ha vuelto a la Edad Media pintando en su escudo

Dio,
il re, la donna mia.

Analiza Carducci este tema del escudo fanfullesco y después de afirmar que ya no es para el diario tiempo de devaneos amorosos y que las iglesias están profanadas, termina diciendo:

Quanto al re—frate mio, vi vengo schietto—
questa é l'età de l'oro,
quanto al re, l'hanno dato a Benedetto
e si ammiran tra loro.

(*Intermezzo 7*).

Este rey era el que empuñaba el cetro de Italia en los tiempos en que Benedetto Cairoli era presidente del Consejo. La alusión al oro no puede ser más irrespetuosa.

Cuanto a la religión del Estado no siempre es posible repetir las invectivas de Carducci. Son demasiado francas y aún repetidas en lengua extranjera resultarían demasiado ásperas para el lector creyente. Mas ya que he citado la poesía número 7 del *Intermezzo* busque el lector la estrofa penúltima donde se habla de Colombina y de los sacerdotes.

Tampoco fué Carducci muy respetuoso con la patria. En horas de amargo desconsuelo, cuando veía o se imaginaba ver por obra de algún ministro omnipotente los principios por los cuales se habían sacrificado y se estaban sacrificando los hombres del «Risorgimento», se despeñaba con la musa por la falda escabrosa de las recriminaciones con la vehemencia del desesperado. Lloró en ágiles y contundentes endecasílabos la muerte de Giovanni Cairoli y el pensamiento de que en ese instante hay gente que pasa el tiempo en orgías y adulterios, le inspira las estrofas más amargas que haya lanzado nunca poeta contra las faltas de la patria:

Maledetta
sii tu, mia patria antica,
sui cui l'onta de l'oggi e la vendetta
de i secoli s'abicca!

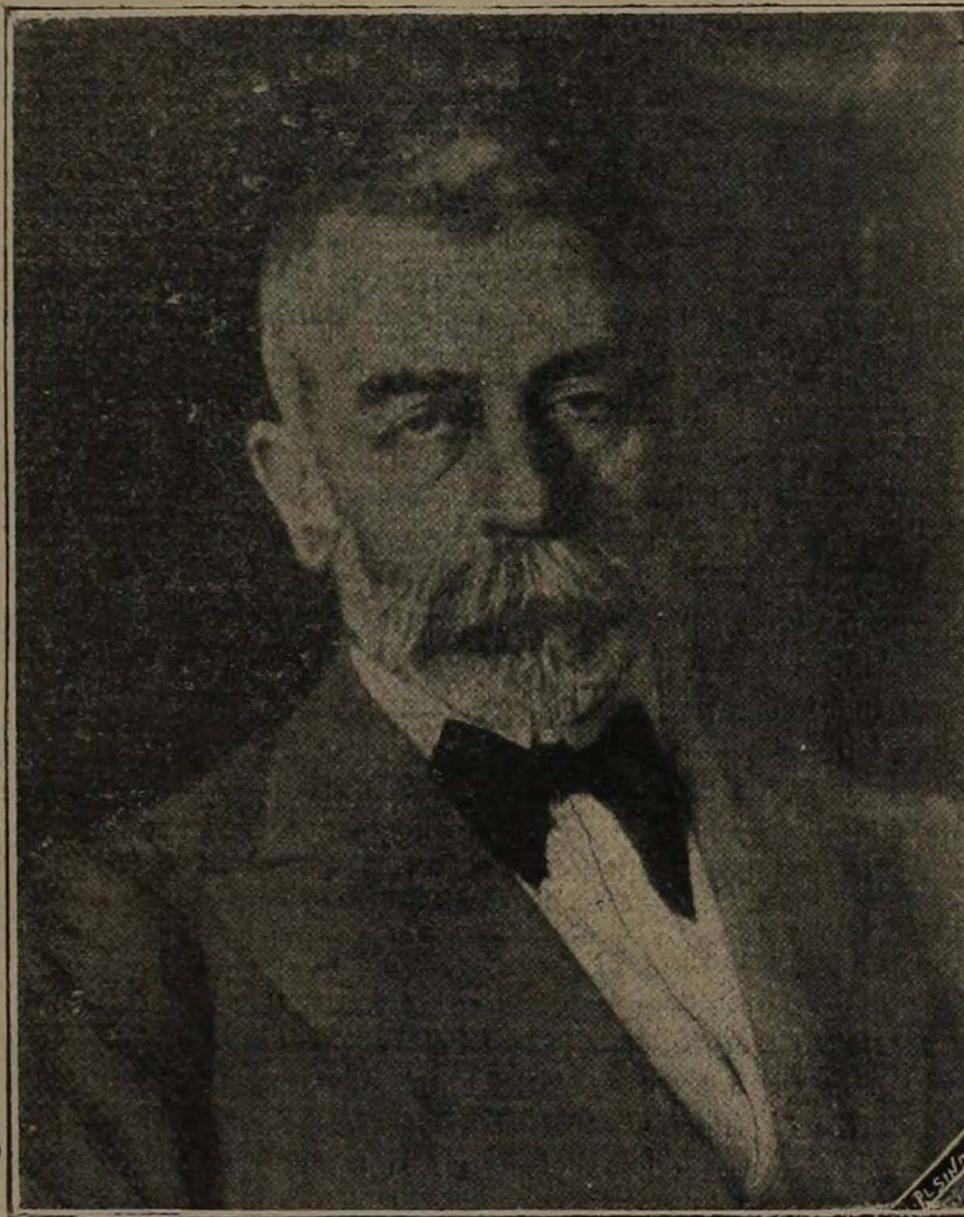
(*Pasa a la página 108*).

Joaquín V. González

NACIÓ en Chilecito, La Rioja, el 6 de marzo de 1863 y falleció en Buenos Aires el 21 de diciembre de 1923, víctima de una enfermedad contraída hacía años a causa de su método de trabajo, pues consagraba la noche a escribir, acostándose a las 5 de la mañana para levantarse a la una. Descendiente de una familia distinguida, hizo sus estudios en el Colegio y Universidad de Córdoba, donde obtuvo el título de abogado. Afecto a las letras, antes de cumplir 17 años había hecho el estudio de los clásicos; conocía las obras fundamentales de la literatura europea y americana; había adquirido esa seguridad que lo consagró escritor de alto vuelo desde *La Tradición Nacional*, publicada apenas egresado de las aulas facultativas. Hay que distinguir en él al estadista, al literato, al filósofo y al pedagogo, si bien todos convergen en una persona, el *educador*, pues durante sus cuarenta años ininterrumpidos de político, pensador y escritor, tuvo por mira la escuela, el colegio y la universidad; el niño, el joven y el pueblo, convencido de que educándolos en la ciencia y el amor, merced a la comunión de ideas, se llegaría a esa conciliación fecunda en que las naciones aplican su energía a la paz y al trabajo, ahogando el odio perturbador de ideales, que mantiene la inquietud revolucionaria en el espíritu. Actuó en una época de ambiciones políticas pero de gobiernos regulares; gobernador de su provincia, diputado; dos veces ministro, del Interior y de Instrucción Pública; dos veces senador, realizó una vasta obra de orden constitucional e institucional proyectando leyes, creando escuelas e institutos; protegiendo la juventud estudiantil, bregando por la paz internacional, siendo un paladín de la cultura de América. Fué uno de los pocos hombres políticos que tuvo la rara habilidad de traer a su lado como colaboradores, a los hombres más destacados del país. Entre las leyes y proyectos de que fué autor se destacan dos; la ley de Elecciones de 1902, cuyo texto y fundamento se publicaron en 1902, en un volumen de 390 páginas y la Legislación del trabajo que consta de catorce títulos y 416 artículos, distribuidos en un libro de 270 páginas, dos monumentos del Derecho político argentino.

El diario de sesiones, las memorias y los programas están llenos de sus discursos, bellos por la forma y profundo por los con-

ceptos, a punto de poderse afirmar que el Congreso Argentino, si tuvo oradores más elocuentes, nunca tuvo pensadores más altos. Durante el conflicto europeo, lo indicaron para definir la situación del país en los momentos difíciles y, miembro del Congreso de La Haya, su voz fué la de la amistad internacional con argumentos en los que la sinceridad del Profesor de Derecho Internacional Público iba pareja con su vasta erudición, su conocimiento de la historia de América y su alta idealidad huma-



JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

nista; solamente uno podía ponerse a la par, Ruy Barbosa. El ministro tuvo que afrontar uno de los momentos más graves de nuestra política internacional, la cuestión de límites con Chile. En otro género de actividades, como Sarmiento, fué un apóstol de la instrucción pública, a la que atribuía la elevación y grandeza del país. Reformó planes, organizó inspecciones, envió jóvenes a robustecer su preparación en Europa; entre ellos, L. Herrera, Lugones y Rojas; fundó colegios, escuelas normales, institutos, escuelas profesionales, laboratorios científicos y por fin en 1906, la Universidad de La Plata, hogar de la familia intelectual argentina. Para la realización de sus

ideales, ha debido luchar titánicamente contra la incompreensión, las ambiciones, la envidia de los impotentes y los políticos, adversarios o no, de baja estatura que vieron en él siempre un candidato a la Presidencia de la República, con lo que tantas esperanzas de especulación con los puestos públicos se hubieran desvanecido, pues nadie ignoraba que el Dr. González no llamaba a colaborar mediocres. Durante treinta y cinco años intervino en todos los asuntos de orden legislativo y ninguna ley de importancia fué promulgada sin el análisis de este infatigable cerebro, que actuó sin pasiones, serenamente, con los rigores de un razonamiento cuyo postulado era la justicia y el bien colectivo.

El literato y el filósofo se unen en todos sus libros, en todos sus discursos, en todos sus mensajes. Fué ministro del Gral. Roca y del Dr. Quintana, quienes sabían apreciar los hombres de su época para llamarlos, sin la estrechez partidista, a cooperar en el Gobierno. El Dr. González cultivó desde la descripción y el cuento, hasta la oración, narrando en un lenguaje impecable, fresco, lleno de germinaciones, las bellezas de la tierra nativa, arrancando de sus cosas fenómenos, ideas, prestamente desprendidos de la envoltura material con que habían nacido para cernirse en la atmósfera de la armonía infinita. Había adquirido, merced al genio con que escogiera los autores de sus lecturas y la potencia analizadora de su espíritu, desde sus primeros libros, esa soltura y precisión de la frase y de la palabra para expresar el pensamiento con una amplitud y una claridad que ningún escritor de la América española ha alcanzado. Tenía el sentido de la belleza; la descubría en las cosas más simples. Su morada interior era un mundo de luz en el que concebía un Platón moderno. Admirador de las ideas, cultivaba las ideas, por consiguiente la ima-

gen y la alegoría como un filósofo griego. La arquitectura literaria de sus libros, fué siempre la misma; el lector encuentra la pluma y la tinta de *La Tradición Nacional*, en *Mis Montañas*, *Cuentos*, *Patria*, *Historias*, *Fábulas nativas*, el *Juicio del siglo* y *La Patria Blanca*; la precisión gramatical, la precisión léxica, el estilo, la facilidad, el arco del escritor llegado a la plenitud. Si *La Tradición Nacional* fué equiparada por Mitre, al *Facundo*, creo que por *Mis Montañas*, debe ser llamado el Echeverría de los Andes, le dice Obligado. Pero González es de más altura por la intensidad de sus imágenes, la riqueza del idioma, los conceptos y la serenidad del vuelo. En un artículo no

es posible caracterizar obras que ofrecen en cada página, joyas de facetación nueva, si bien el diamante es el mismo. Marasso Rocca, en un opúsculo de 128 páginas ha trazado con mano maestra el perfil literario del Dr. González, considerando sus producciones como poemas en prosa. El Dr. González fué siempre un periodista militante, primero en *La Prensa*, después en *La Nación*, tuvo a su cargo los artículos de fondo sobre política interna y externa. En ellas publicó en los números especiales de los aniversarios, *El Juicio del Siglo*, *Síntesis crítico-filosófica del siglo de independencia de América*; *La Patria Blanca*, *Política internacional* y otros que se reunirán en volumen, desde que está decidida la edición completa de sus obras.

Dentro del escritor, está el filósofo, cuyo credo es el prólogo de los *Cien Poemas de Kabir*, traducidos del inglés al castellano en 1918, en su retiro de Sumai-Huasi. González ha sido un admirador de la ciencia y sus métodos propendiendo por todos los medios a su difusión, porque veía a través de la comunidad de ideas, la paz y la conciliación de los pueblos. «La antorcha del amor arde en la bandeja de la ciencia». Su filosofía está impregnada de humanismo, de amor y de sentimiento patrio, ya que sus producciones literarias no son sino cantos nativos a las formas y a la belleza. Este sentimiento lo ha identificado con las cosas; ha sentido su alma, luz según la etimología arcaica, en las cosas. De ahí su inmensa bondad, su comunión con Tagore, con los grandes espíritus que afirmaron la fé en el hombre, su convivencia con el Gran Todo. González habrá callado, pero nunca usó la verba de Nietzsche. Los libros de su biblioteca íntima, la que tuvo a su lado en la hora de la muerte, junto a su lecho, no eran voces del combate ni los anticristos de los ideales; eran los que habían construido el edificio del hombre, los que revelaban la verdad, que incitaban a la búsqueda, que trataban como en El Banquete, los problemas trascendentales en un coloquio de amigos y hermanos. Nuestros pensadores, más o menos, mezclan a su tinta un poco de cicuta y nos hemos acostumbrado a admirar al panfletista; González se presenta diferente, engrandecido por la grandeza de su pensamiento, lleno de luz, sin penumbra, en el infinito, y no porque sus labios no hubieran bebido más de una vez en la copa de la amargura. «Olvido» dijo poco antes de morir, sin acordarse de los que lo habían ofendido, calumniado, negado, en la hora de la prueba.

En su alma, siempre estuvo Francisco de Asís y en la muerte veía, como Tagore, la redención. Sus discursos académicos, pronunciados en el estrado universitario son páginas filosóficas inspiradas por la ciencia cuyas proyecciones en la liberación del espíritu, ha trazado con visión dantesca. De todas sus obras, trasciende la elevación hacia una unidad y un fin como si constituyeran el discurso destinado a ser la base de una concepción titánica: la educación de la América futura. Desde este punto de vista

brillará solo, por mucho tiempo, en el cielo de su patria.

La mayor parte, casi todos los problemas vitales de un país, dependen del sistema educativo, dijo en su *Profilaxis moral y fisiológica*. Al pronunciar la diferencia entre educación e instrucción, sus actos de Ministro, legislador, catedrático y Presidente de la Universidad, tuvieron como fin, la primera, de la que creía desposeídas nuestras repúblicas por falta de un ideal completo. Su último problema era: educar al gobierno; educar a los maestros; educar a los niños; educar a los adultos y educar a la sociedad. De ahí ese vasto organismo que adquirió forma bajo el nombre de Universidad de La Plata, que resumía todas sus ideas de estadista y de filósofo. De ella debían salir los hombres después de desbastados por la ciencia y unidos por ideales bebidos en las cátedras de cultura para gobernar el estado y engrandecer, con el trabajo inteligente, el país. Recogía en sus aulas al niño de siete años; le educaba en sus internados, que eran hogares, lo iniciaba en los métodos de la ciencia; lo ponía en contacto con la belleza; lo impregnaba de una ética de fraternidad y amor; lo introducía en los laboratorios para penetrar los grandes secretos; la filosofía y el arte le abrían los grandes horizontes del espíritu, conciliadas en un fin, las aspiraciones particulares; vivía el ambiente social del que la universidad era núcleo; egresaba apto, para no tener la desilusión — fatal a la conducta — del inexperto.

El Dr. González producía con extraordinaria facilidad; sus originales ofrecen poquísimas correcciones; tenía el dominio de las ideas y del idioma. Era tranquilo, poco expansivo y discreto. Le escuchaban como a un maestro de Atenas y su opinión, donde quiera la emitiese, se la consideraba de gran peso. Era escrupuloso en el vestir; conservó siempre su barba en punta y sus fuertes bigotes en los que había nevado prematuramente. Sentía el más profundo desagrado por los chistes de mal gusto, las maneras incultas y el descuido. Tenía por lo exterior las exigencias que por lo intelectual. Creó la cátedra de extensión universitaria y fué el primero que trajo de Europa notabilidades para que dieran conferencias o dictaran cursos en el aula universitaria, obedeciendo al espíritu internacional de su programa político. Vinieron Altamira, Posada, Ferri, Ferrero, Vallée, Pi y Suñer, Rey Pastor, Nerst y tantos otros para ilustrarnos y salir ilustrados de nuestras cosas. No desempeñó más que una cátedra. Sus lecciones duraban comunmente una hora y media, presentándose con las obras y revistas en que las había preparado, para confirmar las doctrinas propias ante sus alumnos. Cultor del libro (no podía ser de otra manera, siendo un cultor de la idea) fué el continuador de Sarmiento en la difusión de bibliotecas y publicaciones. Durante su ministerio se invirtieron fuertes sumas en obras nacionales y extranjeras para distribuir las a las escuelas y colegios. La biblioteca particular, no obstante su donación a la Facultad de Derecho, de diez mil

volúmenes, es de las más ricas de Buenos Aires por el número y la calidad de los libros que la componen. La Universidad de La Plata, prepara para abril un Homenaje de grandes proporciones. Se ha votado un monumento que se erigirá en los jardines de la casa central. Pero ninguno como el de leer sus libros y conocer sus obras. Lega a su país y a sus hijos, la mejor de las herencias, su genio.

Al volver de Europa, tres días antes de morir, lo encontré en cama, acabado por el cáncer que lo acechaba desde 1906, pero con el espíritu ágil como cuando escribiera *La Patria Blanca*. Era un año que no nos veíamos. Apretó con sus manos la mía, sin pronunciar una palabra y, al darme vuelta, los dos sollozábamos. El, al dedicarme en Diciembre de 1908 el sexto ejemplar de los *Cien Poemas*, había escrito: «A mi querido amigo y sabio compañero de una honda labor, Dr. Víctor Mercante, quien con mano firme y estudio profundo, ha contribuido a variar el curso de un caudaloso río de rutinas y de errores». Estas palabras no son las del estímulo, en la última hora de nuestra labor universitaria, sino del cariño y la sinceridad que nos ligaron en la obra sincera desde el día que nos juntamos en el claustro universitario.

VÍCTOR MERCANTE

Sus Obras:

Catálogo forzosamente incompleto, por que muchos trabajos publicados en diarios y revistas no han sido reunidos en libro. Parte de sus discursos no han salido del Diario de sesiones del Congreso o de las obras favorecidas por sus prólogos, pues era uno de los procedimientos que usaba para tender la mano al que procuraba levantarse con esfuerzos al través de los cuales había promesas.

JURÍDICAS Y POLÍTICAS

	Vols.
I. Ensayo sobre la revolución ...	1
II. Proyecto de Constitución para la Provincia de La Rioja, comentado (en colaboración)...	1
III. Mensaje a la Legislatura (Rioja, 1890).....	1
IV. Mensaje a la Legislatura (Rioja, 1891).....	1
V. Manual de la Constitución Argentina	1
VI. Legislación de Minas (Introducción general al estudio del Código de Minería).....	1
VII. La reforma electoral argentina	1
VIII. Debates constitucionales	2
IX. Los tratados de paz de 1902... 1	1
X. Proyecto de ley nacional del trabajo (con colaboración)...	1
XI. Escritos y opiniones en derecho	2
XII. International arbitration and Argentine policy.....	1
XIII. La Argentina y sus amigos....	1
XIV. Patria y democracia.....	1
XV. Jurisprudencia y política	1

LITERARIAS

XVI. La Tradición Nacional.....	2
XVII. Mis Montañas	1
XVIII. Cuentos	1
XIX. Patria	1

	Vols.
XX. Historias	1
XXI. Ideales y caracteres	1
XXII. El juicio del Siglo	1
XXIII. La Patria Blanca	1
XXIV. Cien poemas de Kabir, traducción y prólogo	1
XXV. Música y danzas nativas	1
EDUCACIÓN	
XXVI. Enseñanza obligatoria	1
XXVII. Problemas escolares	1
XXXIII. Educación y Gobierno	1
XXIX. La Universidad de La Plata ...	1
XXX. Universidades y Colegios	1
XXXI. Política espiritual	1
XXXII. Hombres e Ideas educadores ...	1
XXXIII. La Biblioteca y la cultura pública	1
XXXIV. La paz por la ciencia	1

Voces de protesta...

(Viene de la página 99).

me lleven preso y atado y que me priven de recursos—sostengo mujer y seis hijos—pero no lograrán que obre como el marqués de Cortina».

Después agrega:

«Por ahora mi familia y yo no necesitamos más que el apoyo moral de los ciudadanos honrados para que triunfen la libertad civil y la justicia.

»Ni al Directorio ni al rey acudiré pidiéndoles nada, y menos perdón por un delito que no he cometido: eso equivaldría a pedir limosna, lo que no quiero.

»Usted quiere pagarme los servicios que hice a Vizcaya, que defendió su padre en unión del mío, y cuyos espíritus se estremecerán.

»Salí de Salamanca condenado sin proceso el día 21 de febrero a las 11, cuando se cumplía el cincuentenario de la fecha en que ví caer la tercera bomba sobre nuestra villa. ¡Dios sabe si el 2 de mayo podré, libre, alegrar a Bilbao con la liberación civil de España y con el triunfo de la justicia!

»Le estrecha la mano con pena y una lágrima en los ojos su amigo por la herencia y el afecto.—*Miguel de Unamuno*».

PARIS, marzo 1.—M. Ferdinand Buisson, presidente de la Liga de los Derechos del Hombre, ha enviado al rey de España el siguiente telegrama:

«Habiendo sabido con indignada sorpresa la deportación de don Miguel de Unamuno por expresar libremente sus opiniones, protestamos amistosamente por el pueblo español contra tal medida, que viola los derechos del hombre, esperando que se devolverá la libertad al citado ciudadano, una de las glorias intelectuales de la humanidad».

PANAMA, marzo 1 (Associated).—La prensa de esta Capital protesta enérgicamente contra el confinamiento del señor

Unamuno y el procesamiento de los profesores Dres. Jiménez Asúa y Fernando de los Ríos, e incita a los intelectuales y estudiantes de todas las Naciones a realizar un movimiento de protesta contra la actitud del Directorio español.

ASUNCION, febrero 23.—Los diarios publican extensas informaciones sobre la deportación de Unamuno. El asunto es tema de muchos comentarios.

RIO DE JANEIRO, febrero 23.—La Logia Masónica Francisco Ferrer votó hoy un orden del día, protestando contra el destierro de Unamuno y Soriano.

(Cables de *La Nación* de Buenos Aires)

El cable nos ha dado cuenta de la orden dada por el Gobierno dictatorial que hoy rige los destinos de España, desterrando a don Miguel de Unamuno, el sabio maestro y pensador, una de las primeras figuras intelectuales españolas, y señalándole como lugar de residencia la isla de Fuerteventura, en el Archipiélago Canario.

Igual medida se ha tomado respecto a Rodrigo Soriano, ex-diputado y director de *España Nueva*. Además, a Unamuno se le ha declarado suspenso de empleo y sueldo de su cátedra en la Universidad de Salamanca y se le ha destituido de los cargos de Decano y Vicerector de dicha Universidad.

Y como si esto fuera poco, el Directorio ha clausurado el Ateneo de Madrid.

La causa, aparente, al menos, del destierro de Unamuno, es la publicación en un periódico argentino de una carta en la que se censuraba la actuación del Directorio. Pretexto análogo se ha aducido para clausurar el Ateneo.

Pero todavía hay más: por censurar ambas medidas han sido procesados los catedráticos de la Universidad Central, Dres. Jiménez Asúa y García del Real y el de la Universidad de Granada, Sr. Jiménez Ríos.

Pero en el fondo estos hechos lo que vienen es a poner de relieve el carácter francamente reaccionario de la actual Dictadura en España, y de la cual muy justamente ha dicho nuestro insigne Varona: «España no ha adelantado gran cosa; pero este cuartelazo es un salto atrás de más de 80 años. Los que cubren hoy de ignominia a los hombres civiles de España son los mismos que hicieron la campaña de Cuba, padrón afrentoso, y están haciendo la vergonzosa campaña del Riff, contra hombres más amantes de su libertad que sus presuntos conquistadores. Acá sabemos muy bien lo que da de sí el régimen militar a palo seco».

Este es el sentir cubano frente al caso de España; y este es también el sentir de los españoles que saben que los problemas de su patria no se resuel-

ven obligando a los empleados a asistir puntualmente a las oficinas, coartando la libre expresión del pensamiento y desterrando a los intelectuales del valer de Unamuno; y respetando, en cambio, en todos sus derechos adquiridos y abusos tolerados al clero, a los militares, a la aristocracia y a los *Pobres* senadores vitalicios.

Con Unamuno estamos y con la España nueva, que es otra muy distinta a la de Primo de Rivera.

(Social. Habana).

Impromptu

(Ante el granito *Maternidad* de MAX JIMÉNEZ).

Tarde del ocho de Febrero,
a la entrada del Grand Palais,
en que un granito aventurero
hizo mayor de Max la fé.

En el Salón de Independientes
encrespó su *maternidad*
montes, arrecifes, pendientes
a la muchedumbre sin paz.

Era en ella más expresivo
el anciano ritmo fatal:
como si el niño fuera vivo
por el abrazo maternal.

La ruda piedra en el martirio
pulió la gracia de su tez
porque de ella brotara el lirio
infantil... ¡vuelo de un gran pez!

El sortilegio de la curva
roba a la materia virtud,
y la revelación nos turba
con apocalíptica luz.

Y la envidia que es una avispa
mella su dardo en el cincel
cuando el escultor saca chispa
germinadora de laurel.

Por la nobilísima arteria
ritma su buril creador
que transfigura la materia
poniendo en ella su dolor.

Como la espada del arcángel,
que era una llama de Jehová,
la rebelión de Miguel Angel
cierra el Paraíso y... lo da.

Max: la Juventud nos invoca;
con luz de ingenio singular
besemos la vida en la boca,
seamos sin brújula en el Mar.

JOSÉ D. FRIAS

París, Febrero de MCMXXIV.

Noticia: Me permito enviarle para el REPERTORIO, tan interesante, que usted dirige, y que aquí me muestran algunos compatriotas suyos, un *Impromptu* sobre un granito de MAX JIMÉNEZ, costarricense que tiene mucho talento. Mil gracias por su publicación, y créame usted su admirador y compañero

J. D. F.

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbese! Las cuatro entregas mensuales: \$ 2.00.

Un bardo político y la ley...

(Viene de la página 104).

Ese poema se acaba con la más dolorosa de las imprecaciones:

Accoglietemi, udite, o degli eroi
esercito gentile:
triste novella io recheró fra voi:
la nostra patria e vile.

(*Giambi ed Ejodi. In morte di
Giovanni Cairoli.*)

Horribles palabras que palidecen, sin embargo, comparadas con las estrofas finales del *Meminisse horret* imposibles de citar todavía a cincuenta y seis años de distancia. ¿Qué suerte de castigo le habría impuesto la milicia fascista de 1922 al poeta que hubiera lanzado a los cuatro vientos tan rudos insultos contra la Patria?

Son más notorias las invectivas contra el Sumo Pontífice. En verdad parece que una mano piadosa y llena de respeto para con las tradiciones monárquicas, hubiera estado hojeando las poesías de Carducci antes de redactar el decreto sobre prensa. ¿Acaso apunta en Italia postbélica un nuevo Carducci a cuya inspiración importa ponerle coto en propicia coyuntura? En enero de 1868 cantaba Carducci la muerte de Eduardo Corazzini acaecida el año anterior en la campaña contra Roma. Pío IX figura en esta poesía donde el valeroso Tirteo del «Risorgimento» cambia de hábitos con el Papa y asume el papel de sacerdote. En una serie de apóstrofes en que la ira y la sed de justicia se exteriorizan en formas ardientes como cauterios y punzantes como venablos, el sacerdote de la verdad excomulga al rey de los Estados Pontificios diciendo:

Te da la pietá che piange e prega,
te da l'amor che liete
le creature ne la vita lega,
io scomunico, o prete.

De suscitar el odio de unas clases contra otras, habrían acusado a Carducci las celosas autoridades de su tiempo leyendo las bromas lancinantes de que hace blanco en *La Consulta Araldica* a los poseedores de título nobiliarios. En esta furibunda acometida pide el poeta que se averigüe con certeza

Se ne la tabe che da gli avi nacque
strugge a i figli l'ultimo polmon
vive la colpa d'una rea che piacque
adultera latina al biondo Otton.

(*Giambi ed Ejodi.*)

Y en las estrofas de bronce que le inspiraron las audiencias del «Processo Fadda» azota sin misericordia a una clase social determinada. En una nota del mismo autor puede leerse, para no alimentar duda ninguna sobre la intención del poema: «A los debates del Tribunal de Justicia (Assisse), en Roma, con motivo del asesinato del capitán G. Fadda, perpetrado por un caballero de nombre Cardinali, en que fué instigadora y cómplice Rafaela Serraceni, mujer del capitán y amante del caballero, asistía del 20 de setiembre al 21 de octubre de 1871, entre la multitud, inmensa, un número

grandísimo de señoras y señoritas de la mejor sociedad, como se dice, romana». A esta sociedad iban encaminadas las comparaciones con las damas romanas que

Abbasavano il pollice nervoso
de la mano gentile

pidiendo más sangre en los combates del circo; y a las conspícuas representantes de ese grupo social, el nuevo Marcial les gritaba indignado:

Ma voi siete cristiane o Maddalene!
Foste da preti a scuola,
siete morderne! avete ne le vene
L'Aretino e il Loyola,

Ya hemos visto, en el caso de Benedetto Cairoli, el respeto que le merecían a Carducci las altas dignidades del reino. De algunas hace mofa en el *Canto del Italia che va in Campidoglio*, con más donaire que respeto y con más calor poético que patriotismo.

Por último, a Carducci le habría sindicado la nueva ley de imprenta por sus desacatos con los países amigos de Italia. En este punto, los diarios que hubiesen publicado ciertas poesías habrían sido intimados más de una vez y suspendidos sin misericordia. Cuando la expedición a Méjico del triste archiduque, más sencillo que culpado, el vate acudió a la musa del vituperio para enrostrarles al Austria y a las potencias que la auxiliaron en aquella aventura de usurpación o que, sencillamente, se cruzaron de brazos, el mal concebido ultraje. Lanzó al aire entonces dos sonetos como dos petardos. De Europa dijo:

O albergo di tiranni, o prigion fella
di plebi oppresse lacerate e smorte,
fucina di servaggio ove ritorte
ad ogni gente tirannia martella.

Y, concretando los cargos, como se dice en los debates parlamentarios, señaló de este modo a los cómplices y a los condescentes:

Ancella Francia ad ogni reo potere,
Spagna feroce, ed Anglia mercantesca
a novelli trionfi empion le schiere.

(*Levia Gravita.*) Per la spedizione
del Messico).

Al emperador de Austria le cuelga en estos sonetos el sambenito de «Caco imperial». Es cierto que en esa época no era Italia amiga del Imperio austro-húngaro, pero quince años más tarde, ya firmada la triple alianza, con motivo de la inútil y estrepitosa ejecución del irredentista Oberdan, decía Carducci, no ya en verso, sino en prosa periodística: «G. Oberdan fué ahorcado o fusilado esta mañana en Trieste. Es, austriacamente, natural». (*Don Chisciotte*, diciembre de 1882). Y más adelante, con entonación profética: «Le arrebatamos al Papa la ciudad de Roma; le arrebatamos al emperador la ciudad de Trieste. Ese emperador de los ahorcados. Pero la vergüenza vino. El rey de Italia fué llevado a Viena y

en Viena le vistieron por amor y por fuerza el uniforme de coronel austriaco. Mas no olvidéis que el uniforme austriaco vestido por el rey de Italia fué cortado por la Derecha (parlamentaria) y cosido por la Izquierda, y la Democracia levantó en alto una de las mangas para que el rey pudiese meter el brazo». (*Don Chisciotte*, diciembre de 1882). Párrafo inquietante, que ya no sólo contra el país amigo, sino también contra los dos soberanos, contra el ministro que aconsejó el viaje y contra la augusta autoridad del Parlamento. Esos renglones habrían sellado la tumba del *Don Chisciotte* a tratarse de un prefecto en el año de gracia de 1923. El mundo ha retrocedido. El «Risorgimento» nos obsequió más de un poeta. La guerra que ha de ponerle fin a las guerras no nos ha dado hasta ahora más que actores de la «Comedia del Arte».

¿Y todo esto qué prueba?, nos dirá un matemático. Simplemente una cosa. Prueba que los gobiernos pasan y que los pueblos grandes, sostenidos por una idea, por el recuerdo de sus glorias, por la herencia de sus grandes hombres y de sus héroes, son permanentes y eternos. Todos los tiranelos, los simoníacos, incestuosos y asesinos y al por mayor de que hay memoria en la *Divina Comedia* habrían pasado inadvertidos sin la gracia comunicante de Alighieri. Pasan los reyezuelos, las dinastías mismas; se suceden unas a otras las formas de gobierno, pero el concepto de italianidad, que arranca del Dante y vibra en el pensamiento de Vico, de Leopardi y de Carducci es, por ventura, eterno. Nada importan los gobiernos ni las reformas políticas, ni los retrocesos ni el eclipse transitorio de la libertad. La idea «fué» como la luz; la idea «es» y permanece. El fascismo en la vida ideal de Italia es un gesto pasajero y tal vez inútil. Durante cuarenta años de agitación obrera, en el estertor prolongado de un régimen parlamentario inepto y escandaloso, la tercera Italia se ha engrandecido, ha conquistado el mar, se ha enseñoreado de la industria, ha aumentado su población, en tanto que naciones vecinas permanecen estacionarias o se disuelven en el odio de razas antagónicas. Un exceso de disciplina y de organización dió en tierra con el Imperio de Guillermo II; el principio de autoridad, mantenido en Rusia contra todas las conquistas del derecho moderno, trajo al Imperio de los zares a la condición de un simple fermento. Entre el desorden, el desgüeño administrativo, fraccionada en átomos por las pequeñas codicias de los partidos, Italia se desenvuelve lujosamente obedeciendo a la ley de su destino histórico. Los pueblos son más diversos entre sí que las especies animales. Inglaterra necesita del orden y la disciplina para cumplir el mandamiento histórico. ¿Por esta razón todos los pueblos han de tener sólo dos partidos, un parlamento de actores, una policía de atletas figurantes y una gran capacidad para esconder las emociones? Si el inglés es feliz gastando la mitad de sus energías morales en esconder sus emociones

y sentimientos, dejadles a otros pueblos el derecho de llamar a las cosas por sus nombres, de exaltarse contra el mal y de subdividirse y fraccionarse en pequeños bandos, porque acaso en eso estriba la fatalidad de su destino, la belleza de sus creaciones, la grandeza de su obra social o política.

Cuanto a mí, si la existencia del fascis-

mo supusiese la supresión de una obra poética semejante a la de Carducci, preferiría que continuase en Italia la anarquía de los partidos, ese ambiente tormentoso en que florecieron Leopardi, Manzoni, Giusti, Alfieri, Carducci y el poeta de los *Laudes*.

B. SANÍN CANO.

(España, Madrid).

El caos de Honduras

LA situación en Honduras es muy interesante de estudiar, por los factores y elementos que a su formación han concurrido, por las lecciones que contiene para los pueblos americanos todavía impotentes para la práctica tranquila y regular de las instituciones republicanas bajo las cuales nacieron y existen, y por la estrecha y constante relación que con ella ha tenido Washington desde que el conflicto comenzó a bosquejarse en el horizonte.

La función popular del sufragio electoral es apenas un ensayo en democracias nominales como Honduras, Guatemala y otros países de América. Así y todo este ensayo era de suma importancia y consecuencia, porque indicaba la clausura del largo y trágico período del despotismo y anunciaba el advenimiento de una nueva era, la era de los gobiernos constitucionales. El sufragio significaba la paz, es decir, la terminación del proceso de las guerras civiles, cuya causa constante ha sido la usurpación del poder, la retención del poder por la fuerza y su brutal ejercicio por medio de los resortes de la fuerza. Porque no ha habido nunca sufragio, la guerra civil y el despotismo, o el despotismo y la guerra civil han azotado eternamente a esos pueblos, haciendo imposible su progreso económico y cultural y comprometiendo su existencia nacional. A este estado de cosas solo podía poner fin el establecimiento definitivo de la paz, pero la paz es una conquista que sólo podía alcanzarse por la efectividad de las instituciones. La primera de ellas, la más fundamental, es el sufragio. Porque el sufragio, es decir, el derecho, ha vivido proscrito, la guerra y la anarquía han imperado, como una expiación o una maldición.

El sufragio es la paz. Esto es lo que se ha creído hasta ahora como un dogma. Y es sin duda una verdad evangélica, pero no en Honduras y en países no preparados para la vida del derecho y de la razón. Hubo elecciones en Honduras en 1923. El pueblo votó. No tenemos noticia de que estas elecciones no hayan sido pacíficas y

libres. Sin embargo, de estas elecciones han salido la guerra y el caos.

Las elecciones fueron inconclusas en su resultado. Hubo tres candidatos. Ninguno de los tres obtuvo el número de votos necesario para la elección, que fué por esto referida al Congreso, conforme a la Constitución. Pero el Congreso, dividido en facciones irreconciliables, no decidió la elección y se disolvió sin haber cumplido esta función constitucional.

Llegó así la fecha fatal de la transmisión del Poder sin que este acto pudiera verificarse porque no había presidente elegido ni disposición constitucional para el caso; y el Presidente cuyo término expiraba se encontró así confrontado por un problema nuevo e imprevisto. ¿Qué hacía?

Parece que el Presidente no tuvo a este respecto vacilaciones; y la prontitud y resolución con que procedió bajo las circunstancias parece denotar que durante el largo e infructuoso transcurso de conferencias y pasos para un avenimiento o una solución, él había concebido su plan y era el único que tenía un propósito y una voluntad en el desconcierto general.

La Constitución prohíbe la reelección. El presidente no había sido ni podía ser candidato. Pero en la discordia irremediable de las facciones y la acefalía y el caos hacia los cuales marchaba impasiblemente el país como un loco hacia un abismo, el presidente vió su oportunidad. Es claro que todos trabajaban para él, sin saberlo. Si no había presidente el 31 de enero a media noche, él sería Presidente. ¿Cómo? Pues por los medios clásicos, por un golpe de Estado. El presidente es un viejo zorro de la política, un militar político o un político militar, muy familiarizado con los métodos tradicionales de la política hondureña, o centroamericana, con la usual excepción de Costa Rica, que a su vez admite una excepción, la de 1917.

¿Pues no es un General el General López Gutiérrez? Como General él concibió su plan, el único plan digno de un General hondureño o centroamericano, un golpe de Estado y la dictadura. Una salida era imperiosa

en el laberinto; ¿y qué otra salida podía haber para un General hondureño en un laberinto peculiar y genuinamente hondureño?

El General López Gutiérrez, expidió en efecto un decreto fechado en Tegucigalpa justamente a las 12 de la noche del 31 de enero, es decir, en la última fracción de tiempo de su término constitucional, en la vana tentativa sin duda de legalizar o legitimar o dar autoridad a un acto ingénito e irremisiblemente írrito y espurio, no importa en qué tiempo consumado. En vista de que el Congreso no había hecho la elección de presidente, ni de vicepresidente, ni de designados para el nuevo período, y siendo indispensable la existencia de un nuevo Gobierno con facultades para evitar la anarquía y el desorden, según el texto del decreto, el General López Gutiérrez dispuso la convocación de una constituyente, para una fecha que el decreto cuidadosamente elude. Entretanto, «el Presidente de la República» asumiría «todos los poderes del Estado», los cuales ejercería «discrecionalmente». Aunque era redundante, el decreto declaraba expresamente que quedaba «suspense el imperio de la Constitución». Con el presidente firman este decreto todos sus ministros.

Era la guerra. Pero ¿qué le importa la guerra a un General? Mejor. Eso estaba previsto. Uno de los candidatos, otro General, el General Carías, se alzó inmediatamente en armas contra esta torpe y osada usurpación que pérfidamente burlaba la sabia interdicción constitucional de la reelección y cínicamente explotaba el extravío de todos en provecho del más listo y el más favorecido por la ocasión. Tenemos así a Honduras, como resultado de las elecciones nacionales de 1923, en guerra civil y sin Gobierno en 1924, en pleno caos, el caos de Honduras.

La situación no era sin embargo en ninguna de sus etapas ni desesperada ni insoluble. Con un poco de buen sentido y de amor a la patria habría sido pacífica y satisfactoriamente resuelta en cualquier momento de su desarrollo. En realidad no había conflicto en la situación misma. El conflicto existía a propósito de la situación y provenía de las pasiones, las ambiciones, las obcecaciones, la locura de las facciones políticas y sus caudillos. El General Carías había obtenido considerablemente mayor número de votos que cada uno de sus dos contendores y alegaba que la coacción lo había defraudado de los votos que le faltaban para la mayoría que de otro modo habría alcanzado. Fundada o no esta queja, que pudo haber sido llevada a los tribunales, siempre subsistirá el hecho de que de los tres candi-

datos el que obtuvo mayor número de sufragios fué el General Carías. Cualquiera que fuera la división de las facciones en el Congreso, el deber claro e ineludible de las facciones de Bonilla y de Arias era votar por el General Carías para la presidencia de la república. El no había obtenido la mayoría, pero era el que había obtenido más votos individualmente y en el que de consiguiente era más manifiesta la voluntad popular. El era el más representativo, en un sistema de Gobierno representativo. Esta era la solución natural, la más indicada y la preferible desde el punto de vista democrático. Pero había otras soluciones, muchas otras soluciones. En interés de la paz y de la dignidad nacional, los tres candidatos pudieron haber renunciado, acordándose en una elección por la suerte de entre una lista de nombres a la que cada candidato hubiera contribuido con igual número. Pudo también haberse confiado la elección a la suerte en otra forma, no ya con nombres extraños al proceso electoral, sino con los nombres de los tres candidatos que se habían disputado la elección.

La guerra se habría evitado asimismo si en la presidencia hubiera habido un hombre sensato, con algún amor por su patria y algún sentimiento de responsabilidad moral. En la Constitución de 1904-1906, por ejemplo, pudo haber buscado y encontrado el General Gutiérrez la fórmula para la sucesión decorosa y ordenada del poder en la emergencia sin precedente que se presentaba. Bajo esta Constitución, en las faltas absolutas del presidente el poder sería ejercido por el Consejo de Secretarios de Estado, el que en seguida convocaría a elecciones y éstas se verificarían a más tardar un mes después de haber ocurrido la vacante. Pudo también haber depositado el poder en el Presidente de la Corte Suprema, o en una persona escogida de acuerdo con los tres candidatos. Todo pudo haber hecho en el conflicto menos lo que hizo. Lo que hizo fué precisamente lo peor, y lo único que no podía ni debía hacer.

Pero el Congreso es rival del presidente en este punto. El Congreso hizo lo peor que podía hacer y lo único que no debió hacer, disolverse sin elegir presidente y sin proveer nada en absoluto para el caso. La sola diferencia entre el presidente y el Congreso, es que en la acción o la inacción del Congreso no hubo mala fe, sin que por eso deje de ser una ignominia; mientras que es evidente el propósito del presidente de adueñarse de la situación para resolverla en provecho de su ambición personal. Una dictadura de hierro habría sido sin embargo el más lógico y más merecido castigo para el

delito de impotencia voluntaria de las facciones y sus caudillos para salvar la república de la guerra, la anarquía y el oprobio.

La guerra ha resuelto en días lo que las facciones no pudieron resolver en meses bajo los auspicios de la paz. Las armas, o en el lenguaje común, «la revolución», del General Carías, ha triunfado y sus fuerzas están entrando a Tegucigalpa en los momentos en que escribimos, según los despachos de hoy (8 de marzo). Es decir, que las facciones que no tuvieron rectitud ni inteligencia para reconocer el derecho del General Carías a la presidencia, y elegirlo en santa paz, tendrán ahora que reconocer el hecho del General Carías en el poder, como producto de la solución de la guerra, que es en definitiva la solución que las facciones han querido y para la cual han trabajado con frenética eficacia.

Lo más curioso de todo este curioso dédalo hondureño es el papel que en él ha desempeñado el diablo, un papel de contraste con el de los protagonistas del injustificable enredo eleccionario y con su propia historia, sus propias habituales hazañas y su propia naturaleza. ¡El diablo es el personaje honrado de este embrollo que ha concluido en tragedia! Cómo es de suponerse, Washington no podía faltar en el infierno eleccionario hondureño; y contra todo lo que podía esperarse de su inevitable intervención en la pendencia, dejó esta vez de ser diablo encarnado y se convirtió en diablo predicador.

Viendo muy claro en la situación desde el primer momento, Washington trabajó contra sus dos posibilidades más amenazantes para la paz, la usurpación del poder y el fraude o la coacción en las elecciones. Sus comunicaciones escritas y verbales al Presidente Gutiérrez recitaban los males, sobre todo económicos, que la guerra acarrearía a Honduras, insistían sobre las responsabilidades de los que no cumplieran su deber en la situación y advertían que el Gobierno de los Estados Unidos no reconocería a ningún Gobierno surgido en Honduras de un golpe de Estado o una revolución. A este respecto Washington ha hecho constantemente hincapié en los tratados centroamericanos de la Conferencia de Washington en diciembre pasado, ninguno de los cuales ha sido empero ratificado, salvo por la dependencia de Nicaragua. Entre estos tratados, en el de paz y amistad (Artículo II), las repúblicas, en interés de los beneficios que se derivan de la práctica de las instituciones libres y deseosas de afianzar su estabilidad y su prestigio, se comprometen a no reconocer a ningún Gobierno nacido en

una cualquiera de ellas de un golpe de Estado o una revolución contra un Gobierno reconocido mientras la reorganización constitucional del país no se haya llevado a cabo por los representantes del pueblo libremente elegidos. Aun así, no otorgarán el reconocimiento si el presidente, el vicepresidente o los designados del nuevo gobierno resultaren ser el jefe o los jefes del golpe de Estado o de la revolución, o consanguíneamente o por afinidad parientes de alguno de ellos, o si hubiese sido Secretario de Estado o ejercido mando militar en el golpe de Estado o la revolución o al verificarse la elección o en los seis meses anteriores a uno y otra. Tampoco será reconocido el Gobierno si el presidente elegido es un ciudadano inhabilitado expresa o inequívocamente por la Constitución de su país para tal cargo.

Washington no es parte de estos pactos, pero parece decidido a regirse por ellos al mismo tiempo que a darlos por vigentes, aunque, como hemos dicho, no han sido ratificados. Procediendo en consecuencia, Washington rompió relaciones diplomáticas con el Gobierno usurpador de Gutiérrez tan luego como el decreto de 31 de enero vió la luz pública.

Esfuerzos personales y directos hizo por su lado, además, el Ministro de los Estados Unidos en Tegucigalpa por un avenimiento entre las fracciones y la legación fué lugar de innumerables conferencias de los tres candidatos con tal objeto.

A sus buenos consejos y predicaciones y advertencias al presidente y los candidatos, Washington agregó el argumento de los buques de guerra, cuya presencia en tales coyunturas explica siempre la necesidad de protección de los americanos y sus propiedades. El *Rochester* está en aguas hondureñas desde muy temprano de la crisis, y su comandante fué portador de un mensaje de Washington para el Presidente Gutiérrez cuyos términos ignoramos.

Con todo esto, Washington nada pudo para detener o cambiar el curso fatal de los sucesos hacia el golpe de Estado, la usurpación y la guerra civil. Sus amonestaciones, sus empeños, sus instancias, sus amenazas, sus barcos de guerra, sus mensajes, todo fué vano. Para que todo no fuera esterilidad e inutilidad para Washington, sin embargo, su Ministro ha logrado prestar al fin un servicio, salvando a Tegucigalpa de los males y horrores de una batalla, con la ocupación pacífica de la capital por las fuerzas revolucionarias victoriosas.

Si se examinan las causas de la impotencia de Washington en el conflicto, se encontrará que se debe en parte por lo menos a su falta de autoridad

moral y a la deslealtad e inconsistencia de su política en Centro América y el Caribe. Los Gobiernos y los pueblos de Centro América y del Caribe temen a Washington, pero no lo respetan ni creen en Washington. ¿Con qué cara puede Washington pedir que prevalezca en Honduras lo que él mismo ha derribado y prostituido y escarnecido en Guatemala y en Nicaragua? La visita del comandante del *Rochester* al presidente Gutiérrez recuerda la de otro comandante de otro barco de guerra de los Estados Unidos al «Presidente» Díaz de Nicaragua en 1916 para notificarle la orden de Washington de que el próximo «presidente» debía ser Emiliano Chamorro. El propio Secretario Hughes reconoció en Guatemala al Gobierno de Orellana, destructor de un Gobierno Constitucional por un golpe de cuartel. Marineros del imperialismo de Washington «custodiaban» la frontera de Nicaragua con Honduras en los momentos en que los esfuerzos de Washington en Tegucigalpa por la

libertad de sufragio y el mantenimiento de la paz fracasaban. Y esta es la ironía de la situación. Esos son los marineros americanos de Managua, los marineros estacionados allí hace muchos años para impedir la restauración del Gobierno Constitucional y perpetuar la existencia de los Gobiernos impuestos, serviles al imperialismo de Washington.

El triunfo militar de Carías no resuelve por sí solo o por sí mismo el problema de la paz en Honduras. La revolución no es sino una etapa del conflicto electoral. Las elecciones de 1923 demostraron que el liberalismo unido es la mayoría. Lo único que puede dar a Honduras una paz verdadera y estable es la práctica pura de la institución democrática del sufragio, combinada con la inteligencia, la cordura, el buen sentido, el patriotismo, la cultura y las virtudes públicas de sus hombres directivos.

JACINTO LÓPEZ

Nueva York.

(*La Reforma Social*, Habana-Nueva York).

La vida de las plantas

La dureza de las maderas

LA industria prefiere, para sus múltiples aplicaciones, la madera dura, pero ésta va siendo más escasa cada vez, lo que la encarece.

Hay, en cambio, gran cantidad de árboles de rápido crecimiento que no se aprovechan, debido a la poca dureza de la madera, que, si mediante procedimientos especiales pudiera endurecerse, pasaría a ser de gran valor comercial.

Deseamos en este trabajo dar una observación muy simple, pero que puede ser el origen de investigaciones productivas.

Como todos saben, para fijar el alambre de púas a los postes, en las cercas de las fincas, se emplean grampas (*grapas*) de hierro galvanizado que se clavan en la madera.

Es corriente observar que en las cercas muy antiguas, en las cuales se

han podrido postes, quedan adheridos a la grampa pedacitos de madera de una dureza notable.

Varias veces, al observar un pedacito de madera de éstos, pudimos notar que, al parecer, una acción producida por el hierro en los tejidos vegetales habían endurecido la madera, aun la más suave y poco estimable, convirtiéndola en algo duro, fino y capaz de resistir mucho más que el resto de esa misma madera.

Es notable ver el área afectada por la acción del hierro (óxido de hierro probablemente), a la par del resto que ha conservado sus características.

Parece indudable que lo que ha producido el endurecimiento en esa madera es la grampa, y esto nos sugiere la idea de ensayar la acción de sales minerales solubles en las maderas.

Si esto llegara a dar resultados buenos, como la coloración artificial de las maderas hecha por los alemanes en los árboles vivos, el valor económico sería de trascendencia.

Hemos iniciado experiencias con hierro, cobre y zinc y esperamos dar a conocer los resultados, pero publicamos la observación por si algún investigador desea trabajar por resolver el problema.

JUAN J. CARAZO

Ediciones del Sr. García Monge

SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

APARTADO DE CORREOS 533

TITULOS DISPONIBLES

Ediciones Sarmiento

Juan Maragall: <i>Elogio de la palabra</i> ...	0.20	oro am.
Clarín: <i>Cuentos</i>	0.20	» »
José Martí: <i>Versos</i>	0.40	» »
José Enrique Rodó: <i>Lecturas</i>	0.20	» »
Enrique José Varona: <i>Lecturas</i>	0.20	» »
Herodoto: <i>Narraciones</i>	0.20	» »
Almafuerte: <i>El Misionero</i>	0.20	» »
Ernesto Renán: <i>Emma Kosilis</i>	0.20	» »
Silverio Lanza: <i>Cuentos</i>	0.20	» »
Carlos Guido y Spano: <i>Poesías</i>	0.20	» »
Andrés Gide: <i>Oscar Wilde</i>	0.20	» »
R. Arévalo Martínez: <i>El hombre que parecía un caballo</i>	0.20	» »
Rubén Darío en Costa Rica I.....	0.40	» »
Rubén Darío en Costa Rica II.....	0.40	» »
Dmitri Ivanovitch: <i>La Ventana y otros poemas</i>	0.40	» »
Cornelio Hispano: <i>Bolivar</i>	0.25	» »
Arturo Torres Rioseco: <i>En el Encantamiento</i>	0.30	» »

El Convivio

Roberto Brenes Mesén: <i>Pastorales y Jacintos</i>	0.20	oro am.
Manuel Díaz Rodríguez: <i>Cuatro Sermones Líricos</i>	0.20	» »
Giacomo Leopardi: <i>Parini o De la Gloria</i>	0.20	» »
Federico de Onís: <i>Disciplina y Rebelión</i>	0.20	» »
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y Heroísmo</i>	0.20	» »
Eugenio D'Ors: <i>De la amistad y del diálogo</i>	0.20	» »
Santiago Pérez: <i>Artículos y Discursos</i>	0.20	» »
Ernesto Renán: <i>Páginas escogidas I</i>	0.20	» »
» » » » II	0.20	» »
Marqués de Santillana: <i>Serranillas y Cantares</i>	0.20	» »
Rabindranath Tagore: <i>Ejemplos</i>	0.20	» »
Julio Torri: <i>Ensayos y Fantasías</i>	0.20	» »
Enrique José Varona: <i>Emerson</i>	0.20	» »
Enrique José Varona: <i>Con el estabón</i>	0.20	» »
Enrique José Varona: <i>Con el estabón (Segunda parte)</i>	0.20	» »
José Vasconcelos: <i>Artículos</i>	0.20	» »
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones y otros artículos</i>	0.20	» »
Antonio de Villegas: <i>El Abencerraje</i>	0.20	» »
Juana de Ibarbourou: <i>El cántaro fresco</i>	0.30	» »
José María Chacón y Calvo: <i>Hermanito menor</i>	0.30	» »
Enrique Díez-Canedo: <i>Sala de retratos</i>	0.30	» »
José Moreno Villa: <i>Florilegio</i>	0.30	» »
Samuel Velásquez: <i>Madre</i>	0.30	» »
Kahlil Gibran: <i>El loco</i>	0.30	» »
Rafael A. Ureta: <i>Florilegio</i>	0.30	» »
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	0.40	» »
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	0.60	» »
Longfellow: <i>Evangelina</i>	0.40	» »
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	0.40	» »
Alberto Masferrer: <i>Una vida en el Cine. El buitre que se tornó calandria</i>	0.40	» »
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Augustura</i>	0.40	» »
Paul Gerdly: <i>Tú y Yo</i>	0.25	» »
Luis López de Mesa: <i>Iola</i>	0.30	» »
Emilia Bernal: <i>¡Como los pájaros!</i>	0.40	» »
R. Tagore: <i>El Jardinero de Amor</i>	0.40	» »

Ediciones de autores centroamericanos

R. Fernández Guardia: <i>La Miniatura</i>	0.20	oro am.
Octavio Jiménez: <i>Las coccinelas del rosario</i>	0.15	» »
Rómulo Tovar: <i>De variado sentir</i>	0.15	» »
» » <i>En el taller del platero</i>	0.15	» »
» » <i>De Atenas y de la Filo-sofia</i>	0.15	» »
Rafael Heliodoro Valle: <i>El rosario del ermitaño</i>	0.15	» »
José Olivares: <i>Poesías</i>	0.15	» »
Alberto Masferrer: <i>Pensamientos y Formas</i>	0.30	» »
Magón: <i>La Propia. (Cuadros de costumbres costarricenses)</i>	0.75	» »

EL CONVIVIO de los Niños

<i>Cuentos a Sonny</i> . Por Santiago Pérez Triana.....	0.25	oro am.
<i>Tardes de Invierno</i> . Por F. Pi y Margall.....	0.25	» »
<i>Florilegio</i> . Por diversos autores.....	0.25	» »
<i>Los Cuentos de mi tía Panchita</i> . Por Carme Lira. Edición aumentada.....	0.50	» »
<i>Pasteur</i> . Por Gaston Laurent.....	0.30	» »
<i>Cuentos Viejos</i> . Por María de No-guera.....	0.40	» »
<i>El Delfín de Corubict</i> . (Visión de Nicoya antes de la conquista española). Por Anastasio Alfaro.....	0.50	» »

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª avenida O. y calle 4ª S.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica. De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	¢ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

"Pegaso"

Montevideo-Uruguay

Es la única revista nacional de letras que se publica en el Uruguay.

San Salvador 2309
MontevideoRevista de Filosofía
CULTURA - CIENCIAS - EDUCACION

Publicación bimestral dirigida por

José Ingenieros
y Aníbal PonceSuscripción anual: 5 dólares
Adr.: Alberto L. RossoBelgrano 475
Buenos Aires, República Argentina

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

TELEFONO 375

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho: Frente a la 2ª Sección de Policía

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO. CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

TELÉFONO N° 899

Quien habla de la **CERVECERIA TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones

ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO

VERMÍFUGO

INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA

EL MEJOR TALCO

Delicioso perfume

Antiséptico

Uselo usted

PIDALO

en todas las BOTICAS

